



EL
MUNDO

I

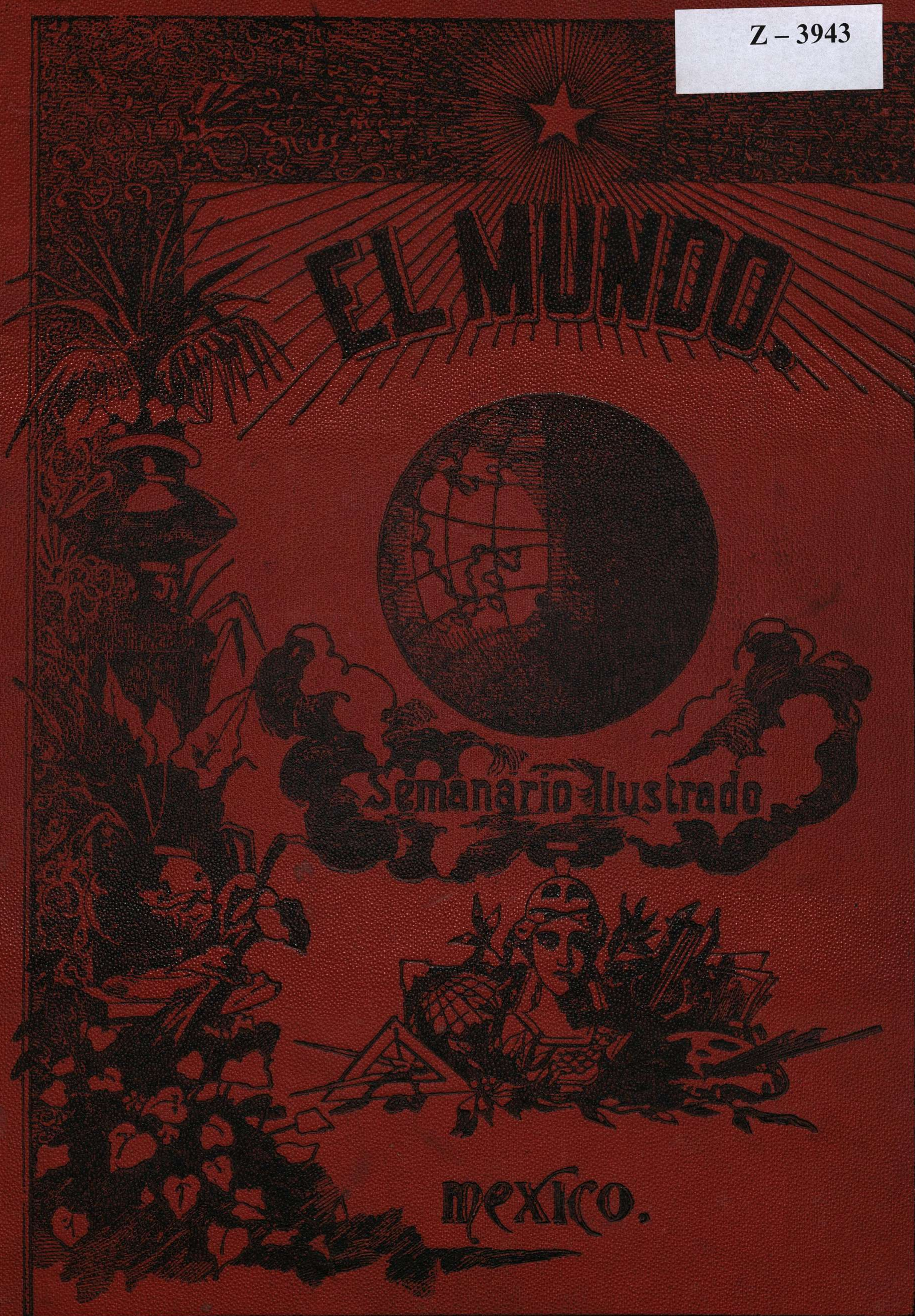
1902.

Z-3943

M. S.



Z - 3943



EL FONDO ILUSTRADO

~~2-R-3592~~
E-3943

AGENCIA ESPAÑOLA DE
COOPERACION INTERNACIONAL
26 FEB 2010
BIBLIOTECA HISPANICA
Hemeroteca

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO IX.--TOMO I.--NÚM. 1.

MÉXICO, ENERO 5 DE 1902.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50
Idem. Idem. en la capital, „ 1.25

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

Gerente: LUIS REYES SPINDOLA.



PARA EL AÑO NUEVO.

Origen social del alcoholismo.

En el fondo de todos nuestros grandes vicios radica siempre una virtud. Aquellos no son, en rigor y por regla general, sino exageraciones ó torpes aplicaciones de ésta, y si alguna explicación, ya que no justificación, tienen nuestros extravíos, es precisamente el hecho de que vicio y virtud suelen no ser sino dos momentos diferentes del mismo fenómeno, de la misma manera que las enfermedades no son otra cosa que funciones fisiológicas excesivas en cantidad, ó ejercidas fuera de las condiciones normales de tiempo y de lugar.

Así, la avaricia, vicio feo y manía repugnante, no es en suma más que una exageración de la tendencia sana y laudable á la economía y á la previsión; la gula no es otra cosa que el hambre templada á un diapason más agudo; Lovelace y D. Juan son patriarcas que offician fuera de casa y fuera de ocasión, golosos del amor, en suma; Cartouche y Rostchild se codean en punto á amor á poseer, nuestros reñidores de barrio y de pulquería no son sino grandes soldados fuera de cuadro, grandes capitanes y grandes conquistadores sin escenario adecuado, y no media diferencia esencial entre un tahur y un agente de cambio.

Un vicio tan sólo parece escapar á esta ley, y es el único que no hay manera de explicar como el simple extravío ó como el desempeño heterotópico ó extemporáneo de una función natural, ó como la práctica extremada ó inoportuna de una virtud. Ese vicio es el alcoholismo.

A primera vista parece que el alcoholismo es á la sed lo que la gula es al hambre; pero una poca de reflexión permite cerciorarse de que si al goloso lo estimula á comer el hambre, el bebedor es totalmente extraño á la sed y que, salvo el agua, lo único que no se bebe por sed es el alcohol. El bebedor no busca satisfacciones estomacales ni palatinas, sino malsanas excitaciones del espíritu y reprobados y contraproducentes estímulos de sus funciones vitales que, á la larga, acaban por consumirlo, enervarlo y embrutecerlo.

El alcohol parece, pues, un enemigo incondicional, implacable é irreductible, de la humanidad, y el alcoholismo el único vicio no explicable ni justificable por necesidades físicas, morales ó sociales imperiosas, y por lo mismo, el más odioso y repugnante de todos ellos. Ahora bien; es inadmisibles, en principio, que la existencia de vicios de ese género, sin origen fisiológico, sin finalidad moral, sin contrapeso en el bien indirecto y lejano que producen al mal directo y actual que causan, sean compatibles con la conservación de la especie humana. La vigencia y generalización crecientes de un vicio así, esencialmente destructor, durante algunos siglos hubiera acabado con la humanidad.

La subsistencia y progreso de la humanidad á pesar de la desastrosa plaga, ha inducido á algunos pensadores fisiologistas y psicólogos á buscar á todo trance las funciones físicas y psíquicas á que pueda cooperar el alcoholismo y á explicarlo en virtud de una necesidad fundamental de nuestra organización, única manera de explicarse cómo no ha acabado ya con la humanidad y cómo es que cada día se generaliza más y más.

En estos últimos tiempos han aparecido una serie de estadísticas curiosas y "muy hechas", que tienden á probar que el alcoholismo es conservador de la vida. En ellas se compara la vida media de los sobrios con la de los bebedores, la de los sacerdotes de Baco entre sí, y se cree llegar á la conclusión, altamente consoladora para los cantineros y los consuetudinarios, de que se vive en proporción de lo que se bebe y de que se puede parodiar el aforismo: "dime lo que comes, te diré lo que piensas", en esta forma: "dime cuánto bebes, te diré cuánto has de vivir".

A estas estadísticas, como siempre sucede, responden victoriosamente otras que prueban precisamente todo lo contrario, y que evidencian que el alcohol agota y destruye la vida, que si artificial y momentáneamente le da pábulo, en rigor y en definitiva la consume más pronto, como la doble corriente, que da más brillo á la lámpara; pero que acaba más rápidamente con el petróleo que la alimenta.

Según este modo de ver, que es, á nuestro

juicio, el más racional y el solo verdadero, el alcoholismo no es, en suma, sino una forma de suicidio lenta de la humanidad. El alcohólico se aplica la doble corriente; unos meses, y por excepción, unos años, vive más aprisa, se finge goces artificiales, se provee de momentáneas y ficticias energías y, luminaria en medio del huracán, ó se extingue de súbito al soplo del viento, ó ve pronto reducido á cenizas su combustible.

Tal es el hecho. ¿Cuál puede ser su explicación? ¿De dónde nos viene ese afán de vivir de prisa, de agotar nuestras fuerzas, de brillar como el relámpago un instante, de calentar como la chispa un segundo, para volver después al frío y á la obscuridad definitiva? ¿Por qué no resignarse á gastar moderada y paulatinamente la vida á fin de prolongarla largo tiempo como lo manda imperiosamente el instinto de la conservación?

En nuestro concepto, ese concepto de la vida intensiva, en oposición con la vida extensiva y duradera, es de origen social. La vida moderna, tal cual la han hecho el industrialismo, la competencia, la constitución de las grandes agrupaciones urbanas, reviste una intensidad extraordinaria. Ideas, actos, pasiones, emociones, goces y dolores se atropellan, se empujan, giran como un torbellino en rededor nuestro, nos arrastran como el ciclón á la hoja muerta y nos imponen una suma de esfuerzo, una cantidad de trabajo, una dosis de emoción superior á las fuerzas y á la resistencia humanas.

Caminamos á marchas forzadas en la existencia, doblamos las etapas, gastamos en un día más fósforo en el cerebro, más musculina en las fibras, más oxígeno y carbono en las vísceras, de los que pueden dar el organismo y el medio. Para tirar de la carreta en ese atascadero, necesitamos látigo, y para salvar el obstáculo desmesurado, el aguijón de la espuela.

Como el soldado durante el combate, consumimos en un día la substancia acumulada en un año; vivimos más vida y duramos menos años que el patriarca ó el campesino. El luchador moderno busca en el alcohol el valor que le falta, la fuerza que se le agota, la resistencia que lo abandona y á la hora del descanso, la emoción intensa á que está habituado, el goce excesivo y desmesurado en medio del cual ha vivido y el olvido completo y absoluto de la lucha encarnizada y de la angustia torturadora. Como el gladiador, sale de la taberna para entrar al circo y sale del circo para entrar en la taberna. El alcohol, pérfido, lo ceba momentáneamente, como el ogro, para devorarlo en seguida y gira en el círculo vicioso de beber para poder combatir y de agotarse y aniquilarse á fuerza de beber.



EL REY Y EL POETA.

FRAGMENTO.

El rey Skule.—Me hablarás de eso dentro de poco.

Pero dime, Skalda, tú que has errado tanto por países extranjeros, ¿has visto una mujer que ame al hijo de otra? Y cuando digo amar, entiendo amar no con un sentimiento pasajero, sino amar con todas las ternuras del alma.

El poeta Jatgeir.—Eso no acontece sino á las mujeres que no tienen hijos.

El rey.—¿A ellas solamente?

El poeta.—Sobre todo á las que son estériles.

El rey.—¿Sobre todo á las que son estériles? ¿Aman entonces á los hijos de otra, con todas las ternuras de su alma.

El poeta.—Sí, á menudo.

El rey.—Y, ¿no es cierto?, sucede que esas mujeres estériles matan á los hijos de otra, despechadas de no haber tenido ellas.

El poeta.—Sí. Pero eso no es obrar prudentemente.

El rey.—¿Prudentemente?

El poeta.—No, no es obrar prudentemente, porque dan á aquellos cuyos hijos matan, el don del sufrimiento.

El rey.—Pero ¿crees tú que el don del sufrimiento sea una buena cosa?

El poeta.—Sí, señor.

El rey.—Islandés, hay como dos hombres en tí. Estás entre la muchedumbre, en algún alegre festín, y pones un manto sobre tus pensamientos. Se está á solas contigo, y te asemejas á los raros á quienes voluntariamente se escogería por amigos. ¿Por qué es así?

El poeta.—Señor, cuando os queréis bañar en el río, no os desvestís cerca de donde pasan los que van á la iglesia, sino que buscáis un lugar solitario...

El rey.—Naturalmente.

El poeta.—¡Y bien! yo también tengo el pudor del alma y por eso es que no me desvisto cuando hay mucha gente en la sala.

El rey.—¿Eh? Cuéntame, Jatgeir, cómo has llegado á ser poeta y quién te ha enseñado la poesía.

El poeta.—Señor, la poesía no se aprende.

El rey.—¿La poesía no se aprende! Entonces, ¿cómo has hecho?

El poeta.—He recibido el don del sufrimiento y así he llegado á ser poeta.

El rey.—Así, pues, ¿el don del sufrimiento es necesario al poeta?

El poeta.—Para mí fué necesario; pero hay otros á quienes ha sido concedida la alegría, la fe ó la duda.

El rey.—¿Aún la duda?

El poeta.—Sí; pero es preciso que sea la duda de la fuerza y de la salud.

El rey.—¿Y cuál es la duda que no sea la de la fuerza y de la salud?

El poeta.—Es la duda que duda aún de su duda.

El rey.—Páreceme que eso debe ser la muerte.

El poeta.—Es más horrible que la muerte misma: son las tinieblas profundas.

Enrique Ibsen.

MI NÚMEN.

Yo no me inspiro en lo que otros dicen, yo no me inspiro en lo que otros piensan, yo no me inspiro en lo que otros sienten, ni tampoco me inspiro en los que sueñan...!

Mi musa aplaude lo que mi alma admira, busca su inspiración en lo que ama; ella se inspira á veces en lo que odia, pero siempre en sí misma: ¡es soberana!

Mi lira no es hermosa, pero es mía, y como tal sensible y altanera: bendice á la mujer que me comprende, y á la vulgar y frívola desdeña.

Natura es su ideal: ella le inspira, con sus galas, tristezas y misterios: siente el ¡ay! de la rama cuando cruje y del nido que cae los lamentos.

Siente del arroyuelo los murmullos, de la brisa que pasa los arpejos, de las flores marchitas el perfume, de la ola que espira los acentos.

Mi musa es caprichosa: le entusiasman los locos de la historia, sus loqueros, los que arrastraron grillos ó cadenas y en el cadalso ó en la cruz murieron.

Hay veces que se inspira en los palacios y otras veces se inspira en las tabernas; que en todo hay poesía, sólo basta saber sentir; digamos, ser poeta...!

Siempre se inspira en la Virtud, la exótica, y en la sublime, Caridad discreta, en el pudor de la Honradez, la rara, y en las cenizas de mi Fe, ya muerta...!

Tomás Ríos González.

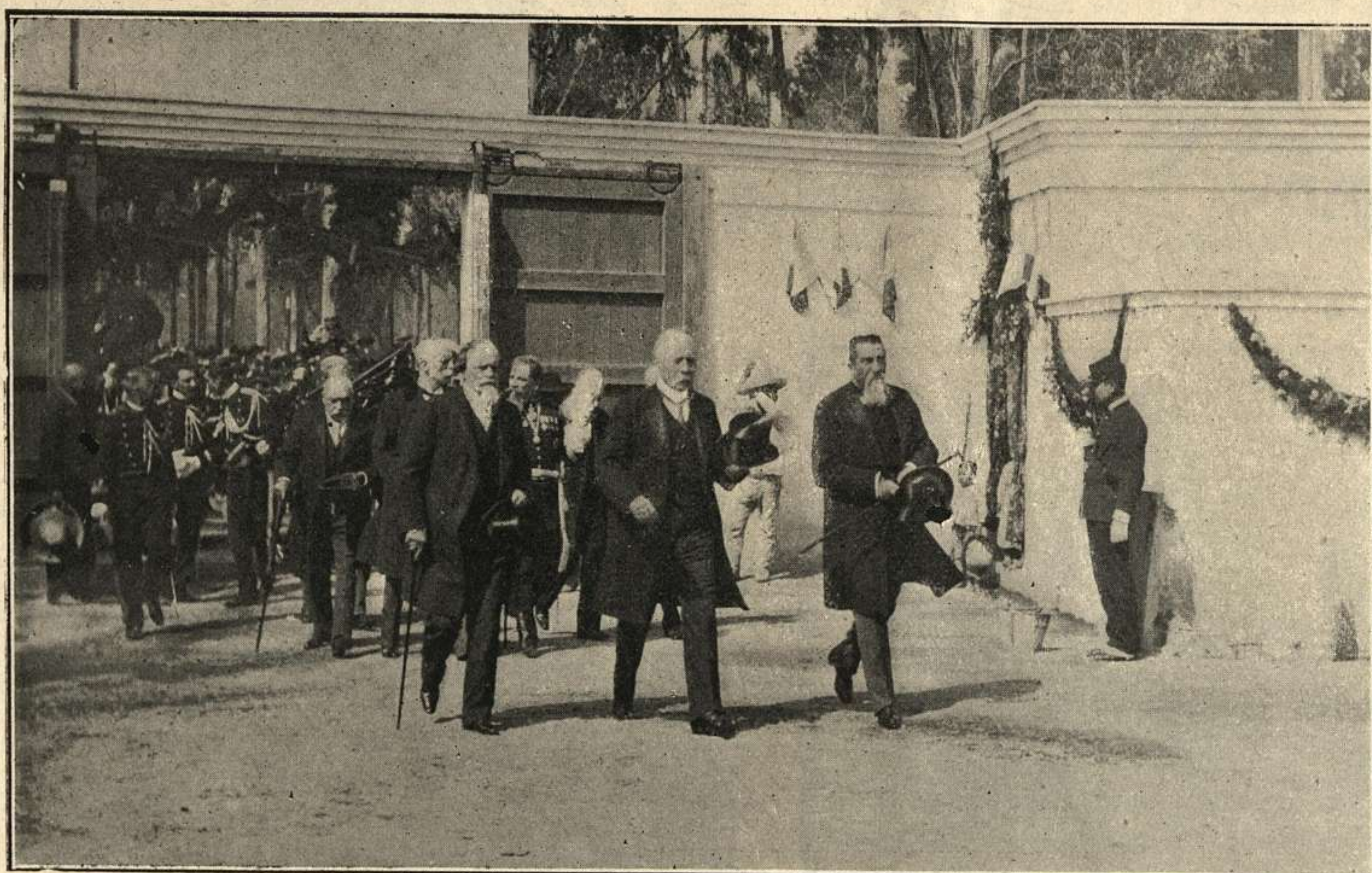


DAMAS CHILENAS



- 1.—Sra. Luisa L. de Morla Vicuña.
- 2.—Sra. Julia Balmaceda de Toro.
- 3.—Sra. Eugenia H. de Errázuriz.
- 4.—Sra. Elisa L. de Walker.
- 5.—Sra. Emilia Toro de Balmaceda.
- 6.—Sra. Isabel Bello de Pinto.
- 7.—Sra. Ana Bello de Balmaceda.

LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO Á LA INDEPENDENCIA.



El Señor Presidente de la República y los Secretarios de Estado llegando á la glorieta.

No hace mucho tiempo que "El Mundo Ilustrado" publicó el proyecto del Sr. Ingeniero D. Antonio Rivas Mercado, que mereció la aprobación, para levantar un monumento á los Héroes de nuestra Independencia.

Entonces dimos una descripción detallada, que hoy nos permite hacer simples referencias, que nuestros lectores ampliarán á su deseo.

El lugar elegido para levantar el monumento, es la cuarta glorieta del Paseo de la Reforma, y desde que dieron principio las obras de cimentación, se levantó un cercado que limita el lugar en que pronto ha de erguirse la elegante columna conmemorativa.

La altura total del monumento es de cuarenta metros, contados desde el piso del Paseo hasta la punta de las alas de la figura que simboliza la Independencia.

El jueves 2 del mes en curso se efectuó la ceremonia de colocar la primera piedra de este gran monumento.

El señor Presidente de la República llevó á cabo ese solemne acto, en presencia del Cuerpo Diplomático, de los señores Delegados á la Segunda Conferencia Internacional Americana, y de las representaciones de los Poderes nacionales.

A las diez de la mañana se encontraban allí los señores Embajador Clayton, Ministros de Inglaterra, Francia, Salvador, España, Chile, Paraguay, Perú, Uruguay, Bolivia, Guatemala, Costa Rica, Ecuador, Encargado de Negocios del Brasil, Primeros Secretarios de las Legaciones de Francia y Guatemala, Attachés de Alemania y Chile; todos los señores Delegados, las comisiones nombradas por la Comisión Permanente, la Suprema Corte de Justicia, el señor Gobernador del Distrito, el Presidente del Ayuntamiento y Regidores, los altos empleados de la Secretaría de Comunicaciones, la mayor parte de los Ingenieros que residen en esta ciudad, diversas comisiones de las Sociedades Obreras y Mutualistas, los representantes de la Prensa y gran número de familias invitadas.

El programa de la solemnidad se reducía á escuchar un discurso del Sr. Ingeniero Ibarrola; una poesía del inspirado Juan de Dios Peza; varios trozos musicales, y presenciar el acto de la colocación de la primera piedra.

Las piezas literarias fueron muy aplaudidas, las musicales se escucharon con gusto, y dió principio la ceremonia principal.

Frente á la plataforma que debe ocupar el plano de la base del monumento, se veía en el centro el cimiento ya construido, y en uno de sus ángulos,

pendiente de una grúa, la piedra cuidadosamente pulida, que es la primera del monumento.

El señor Presidente, acompañado de sus Ministros y de los demás concurrentes, se dirigió á aquel sitio; se le presentó una curiosa cubeta de plata y una cuchara de albañil del mismo metal, é inmediatamente tomó aquellos instrumentos, batió la argamasa, é inclinándose cuanto era necesario, la extendió en la superficie que quedaba bajo la piedra suspendida, la cual fué bajada en el momento oportuno para que quedara adherida al cimiento del pedestal. Se depositó después un cofre en un hueco que se había dejado en la parte superior de la piedra.

En seguida se cubrió con otra piedra, y la cerradura se soldó perfectamente, en presencia de todos los circunstantes.

El cofre contenía el acta que daba fé de la solemnidad, y que está concebida en estos términos:

"En la ciudad de México, á las 10 h. 30 m. a. m. del día dos de Enero del año de mil novecientos dos, se reunieron los suscritos en la Gran Glorieta de la Calzada de la Reforma, á invitación del señor General D. Francisco Z. Mena, Secretario de Estado y del Despacho de Comunicaciones y Obras Públicas, con el objeto de asistir al solemne acto,

en que el señor General de División D. Porfirio Díaz, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, procederá á colocar la primera piedra del Monumento Conmemorativo de la Independencia de México.

El proyecto ha sido formado por el señor Arquitecto D. Antonio Rivas Mercado, quien dirige la construcción.

La ceremonia se verificó según el programa que se agrega á esta acta, que se deposita en un cofre, firmada por el señor Presidente de la República, sus Secretarios de Estado, los Representantes del Congreso de la Unión y de la Suprema Corte de Justicia, el Cuerpo Diplomático Extranjero, los Subsecretarios de Estado, los Delegados de la Segunda Conferencia Pan-Americana, el Gobernador del Distrito, el Presidente del Ayuntamiento de esta capital, el Arquitecto de la obra y los empleados superiores de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas."

Esta acta, después de firmada, fué puesta dentro del cofre, acompañada de un ejemplar de "El Imparcial," "El Tiempo," "Mexican Herald" y "El Mundo Ilustrado."

Se pusieron también una colección de monedas de México, una lira peruana que depositó el señor Ministro del Perú, y los retratos del señor Presi-



El Señor Presidente acompañado del Ingeniero Salazar dirigiéndose á depositar el cofre con el acta.

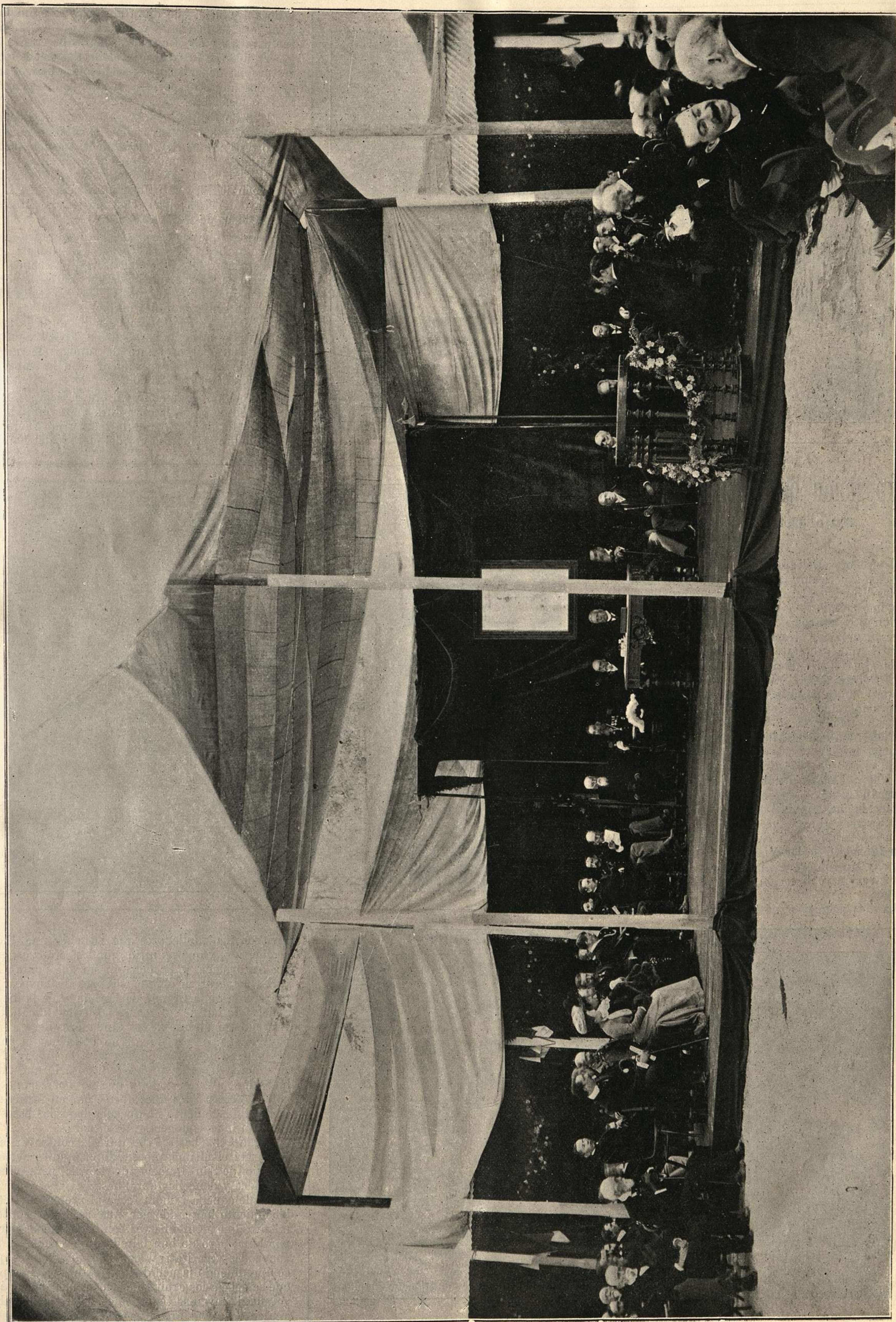
dente de la República y los Secretarios de Estado; retrato del señor Arquitecto y copia de su título profesional.

La ceremonia revistió gran solemnidad, y terminó con un lunch.

El señor Presidente abandonó el local en medio de una cariñosa ovación que le hacía el pueblo que había concurrido á las calzadas cercanas á la glorieta donde se efectuaba la ceremonia.



El Señor Presidente colocando la primera piedra.



LA COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO Á LA INDEPENDENCIA.--La Plataforma de Honor durante la ceremonia.



Patio principal del Colegio de la Paz.

Exposición de Labores Manuales

En el Colegio de la Paz.

Los señores Delegados á la Segunda Conferencia Pan-Americana, visitaron el antiguo Colegio de las Vizcainas, la mañana del 26 de Diciembre próximo pasado.

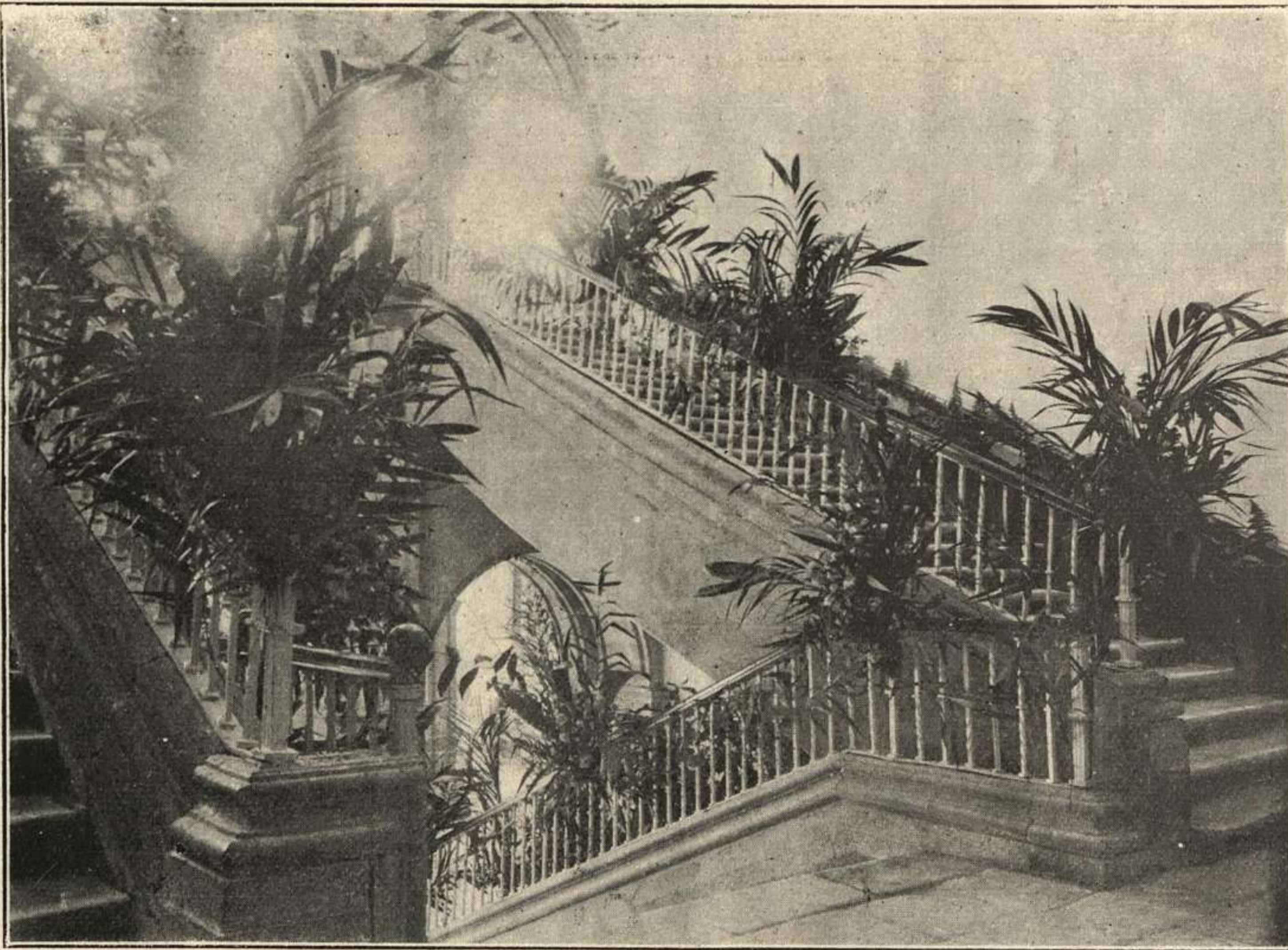
Con este motivo se dispuso una exposición de labores manuales, ejecutadas por las alumnas del plantel, y fué un éxito que habla muy alto en pro de la educación de la mujer mexicana.

El Colegio de las Vizcainas, conocido también con el nombre de Colegio de la Paz, es una de las instituciones de beneficencia é instrucción más antiguas de México.

Tiene una curiosa historia, que narraremos á grandes rasgos.

En el año de 1671, los vascongados residentes en Nueva España, idearon la fundación de una Hermandad que sirviese de centro á sus compatriotas, la cual adquirió en breve espacio de tiempo lustre y renombre, y fué de entre sus hijos de donde nació también la idea de fundar el Colegio de San Ignacio ó de las Vizcainas, con capital particular, y sin intervención en su sostenimiento, administración y dirección, ni del Estado ni de la Iglesia.

La idea primitiva fué la de fundar una casa de



Adorno de la escalera.



Grupo de alumnas del plantel.

asilo voluntario, que diera abrigo y recogimiento á las muchas matronas y doncellas que vivían desamparadas, y en el cual las señoras de edad y de saber pudieran instruir á las doncellas en las labores propias de su sexo; y haciéndolas amar el trabajo, las alejasen, por este medio, de los peligros de la ociosidad.

El 23 de Febrero de 1734, se concedió licencia para comenzar la construcción del edificio en el extenso terreno que hoy ocupa en la plazuela de las Vizcainas, disponiéndose en aquel entonces de la suma de \$60,000, para la fundación y dotación del establecimiento, y la primera piedra la puso el 14 de Mayo de 1734, el Dr. Don Martín de Elizacocha, Obispo de Durango.

Refiérese que la idea partió de los señores Don Ambrosio Meave, Don Francisco Echeveste y Don Manuel de Aldaco, acaudalados guipuscoanos del comercio de México, que paseando una tarde por el sitio en que hoy se levanta el Colegio de la Paz, vieron un grupo de niñas hermosas y entregadas á la ociosidad, y de allí, compadecidos de la falta de educación y el desamparo en que vivían aquellos seres, resultó el propósito de fundar el colegio, subscribiéndose respectivamente con la suma de \$80,000, \$66,000 y \$36,000.

Este capital se aumentó en breve tiempo hasta un millón de pesos, la obra duró unos veinte años, y con el fin de lograr que la institución fuera independiente en lo absoluto del clero y del Estado,

tuvieron los fundadores que sostener una lucha prolongada, y que requirió grandes esfuerzos, contra Autoridades y Prelados, hasta que por fin llegaron á lograr su objeto, después de invocar la protección de la Corona de España y de la Santa Sede. Esto no fué sin vencer positivas dificultades, al grado que alguno de los fundadores llegó á proponer á sus colegas que de no conseguir la independencia que tenían ideada para la inversión de su dinero, deberían prender fuego á lo que tanta lucha les había costado, y que no correspondería en sus efectos á los fines que se habían formulado si el establecimiento no quedaba bajo las bases de absoluta independencia antes citadas.

Desde 1732 hasta 1766 duró la controversia, y fué hasta el último año citado cuando se abrió el Colegio de San Ignacio de Loyola, para viudas honradas y doncellas devalidas.

Desde aquella remota fecha al presente, el establecimiento ha pasado por una serie de acontecimientos que en alguna vez han hecho temer por su porvenir; pero no han faltado nunca personas tan abnegadas y caritativas como los fundadores que, comprendiendo la utilidad del plantel y el respeto que se debe á los capitales de los fundadores y á su voluntad, hayan sostenido la existencia del establecimiento, que al presente sirve de centro de educación á más de doscientas internas, y en las clases

de la escuela primaria, así como en las llamadas especiales, que son destinadas á la enseñanza de oficios ó conocimientos útiles para desempeñar empleos propios para señoras y señoritas, haya un movimiento anual de 800 alumnas.

La fiesta, simpática por su buena organización, fué también conmovedora y significativa, porque durante ella, los Estadistas extranjeros que nos visitan actualmente, han podido apreciar la laboriosidad, el arte, el buen gusto, y las aptitudes de la mujer mexicana, que si en las aulas se ilustra, eleva su nivel moral y aprende en el hermoso libro de la ciencia, cuanto es capaz de hacerla ser estimable en sociedad, en las horas en que abandona esta empresa, dedica su imaginación y su labor física, penosa y abnegada, á conquistar conocimientos que la consagran, ante el más exigente criterio, como bendita reina del hogar.

Decorados con multitud de flores y de plantas el vestíbulo, el espacioso patio principal y las amplias escaleras que conducen á la planta alta, el aspecto del edificio no podía ser mejor: unían los extremos de los arcos y rodeaban las columnas, gruesas guías de encino sembradas de flores rojas, y tanto en los cornisamentos como en los muros y barandales, se pusieron guías de ramos de flores exquisitas, completando el adorno grandes lazos de tela, verdes, blancos y rojos.

Los pasamanos de las escaleras se cubrieron con



Un extremo de la Sala de la Exposición.



Centro de la Exposición.

preciosos ramos de pionías, rosas, violetas y otra infinidad de flores, y en los descansos, lo mismo que al pié de las escalinatas, se colocaron tupidas "serrés" formadas con plantas exóticas de delicado follaje.

Todos los departamentos del patio principal, archivo, clases, sala de juntas, refectorio, oratorio particular y dormitorios, estaban abiertos, y una ojeada al pasar por enfrente de sus puertas, bastaba para apreciar en todos ellos, el aseo más cuidadoso y el orden más perfecto.

A las once de la mañana comenzaron á llegar las familias invitadas, que no fueron en tan gran número como se hubiera deseado, porque se tuvo que tomar en cuenta la capacidad de la sala de la Exposición, suficiente solo para unas dóscentas personas. Los concurrentes, tanto señoras como caballeros, esperaron en los corredores de la planta baja la llegada de la señora Doña Carmen Romero Rubio de Díaz, que á las once y minutos se presentó, acompañada de la señora Sofía Romero Rubio de Elizaga.

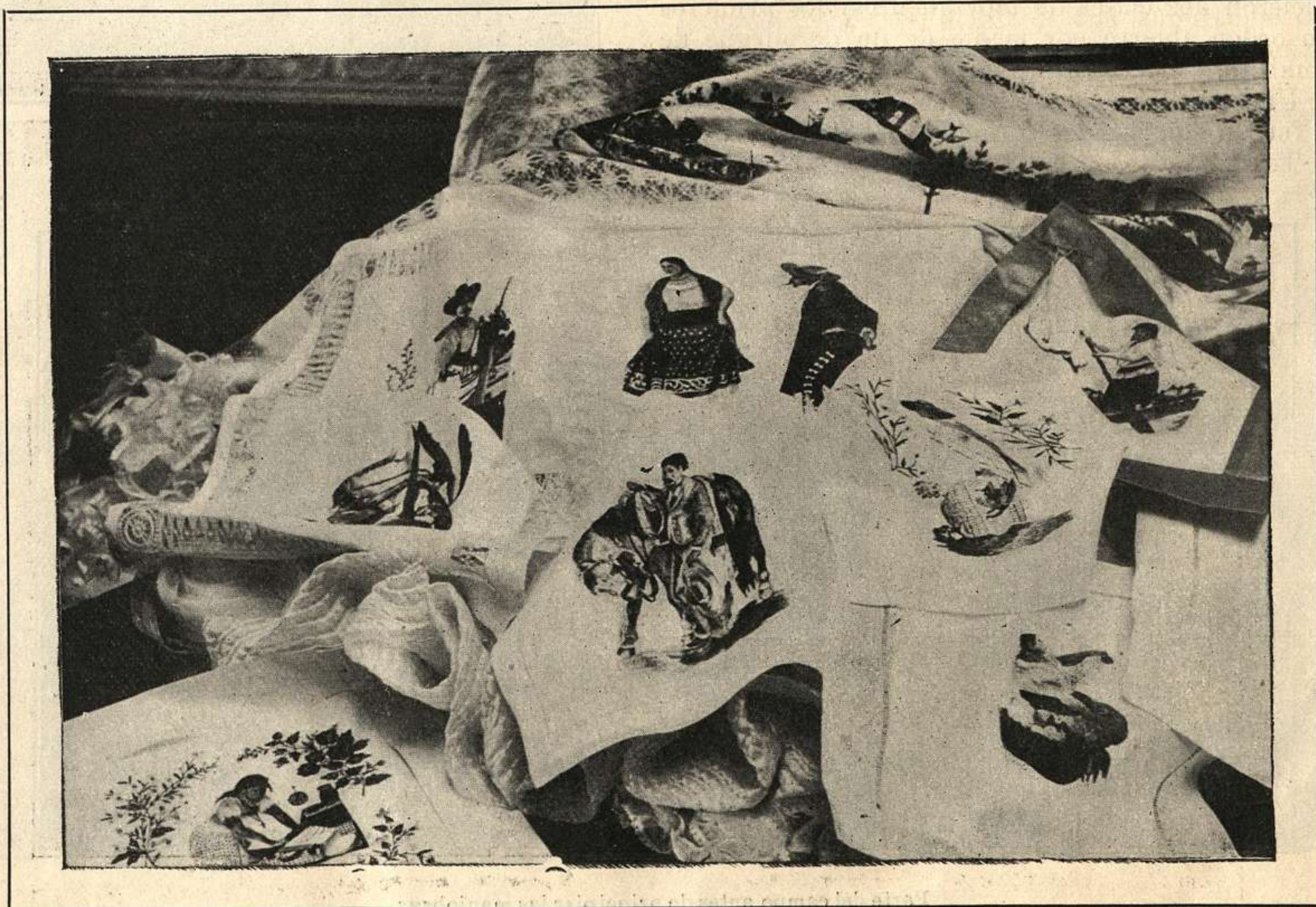
El salón de la Exposición era verdaderamente templo del trabajo femenino, donde lo más escogido de la juventud estudiosa depositó como inestimable ofrenda el producto de su labor manual, constante y delicada. En la plataforma del fondo, sobre un pedestal cubierto con un rico paño de púl-

pito, bordado á la acuarela, se veía una Virgen de los Angeles que colocaron los fundadores en el coro de la capilla particular del Colegio, y que es una verdadera joya de tanto valor artístico como material. La escultura está revestida de plata con esmalte azul; sus dos peanas son de plata maciza con adornos dorados á fuego, y llama la atención lo artístico de su adorno. El rostro de la imagen es bellissimo, las ropas perfectamente imitadas, y la corona de oro que ostenta la Virgen en su cabeza, es un trabajo de mérito y de riqueza verdadera. Adornan tanto la corona como la vestidura, 151 grandes esmeraldas, 201 esmeraldas más pequeñas, 413 perlas grandes, 986 medianas y 1,177 pequeñas, 141 diamantes, 23 rubíes y otras perlas muy bellas y valiosas, así como adornos y cadenillas de oro.

La imagen tiene en conjunto 2,293 piedras preciosas, se conserva en el plantel con gran veneración, y sólo tratándose de un acto como el que se celebra, se puso en exposición.

Terminada la visita, que duraría cerca de una hora, los invitados pasaron á la sala de Juntas, en cuyo centro se colocó una gran mesa, y en ella se sirvió un luncheon-champagne.

Después de esto, los invitados visitaron algunos de los departamentos del plantel, del cual salieron después de la una de la tarde.



Un lote notable.

La Revista y Maniobras Militares de fin de año.

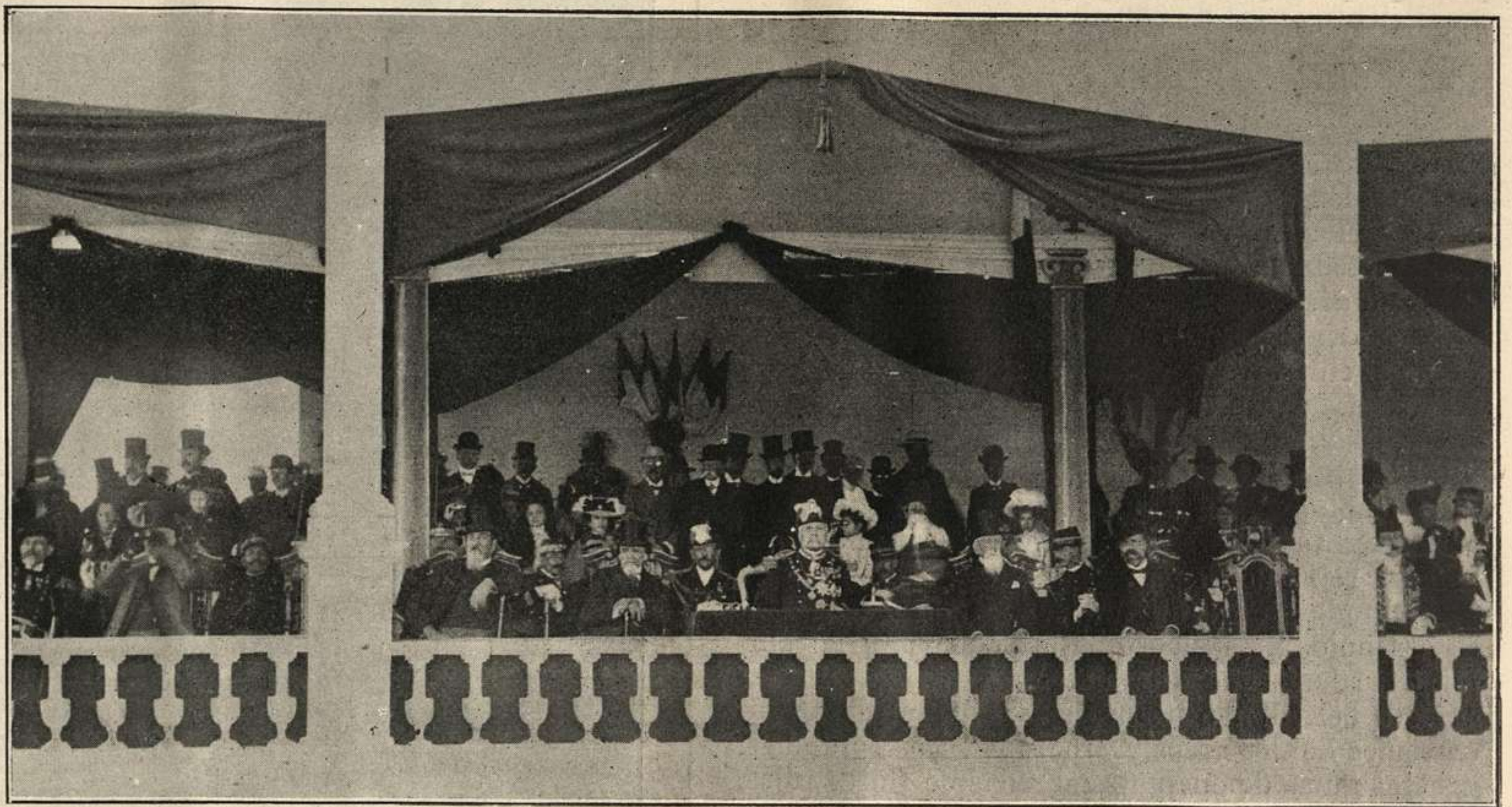
Nuestro ejército acaba de unir á las notas de brillante educación y disciplina que desde hace mucho tiempo viene dando, una más, con las brillantes maniobras militares y gran revista efectuadas en los campos de la Vaquita la mañana del domingo 22 de Diciembre próximo pasado.

La opinión de los técnicos más autorizados, y la impresión agradabilísima de los numerosos concurrentes á la solemnidad de armas á que nos referimos, deben ser timbres de satisfacción para los ameritados Jefes de nuestro ejército, y de orgullo para las filas de obedientes y aplicados ciudadanos, que forman la defensa de la patria.

A las 9 h. 30 m. a. m. se presentó en el campo el señor Presidente de la República, acompañado de los señores Ministro de la Guerra, Generales Ramírez, Villareal y Huerta, los "attachés" militares extranjeros y los Jefes y Oficiales de los Estados Mayores del propio Primer Magistrado y Ministro de Guerra; seguía á esta comitiva la escolta de Guardias de la Presidencia.

Un saludo de honor al Primer Magistrado de la Nación, fué hecho por una batería, con una salva de 21 cañonazos.

A caballo atravesó el campo el señor Presidente con su comitiva, y recorrió al trote las líneas re-



La Tribuna de honor.



El Señor Presidente de la República dirigiéndose á efectuar la revista.

vistando las tropas, y regresó á las tribunas, donde era esperado por gran número de Generales y Coroneles, y siendo saludado por el Himno Nacional, que tocaron las bandas militares que estaban á los lados de las tribunas, y por un nutrido y prolongado aplauso, que partió de las mismas tribunas y de los diversos grupos de concurrentes.

El señor General Reyes, Ministro de Guerra, se retiró hácia el fondo del polígono, pues por galantería para los señores Delegados al Congreso Pan-Americano, que asistieron á la fiesta de armas, tomó el mando de las fuerzas personalmente.

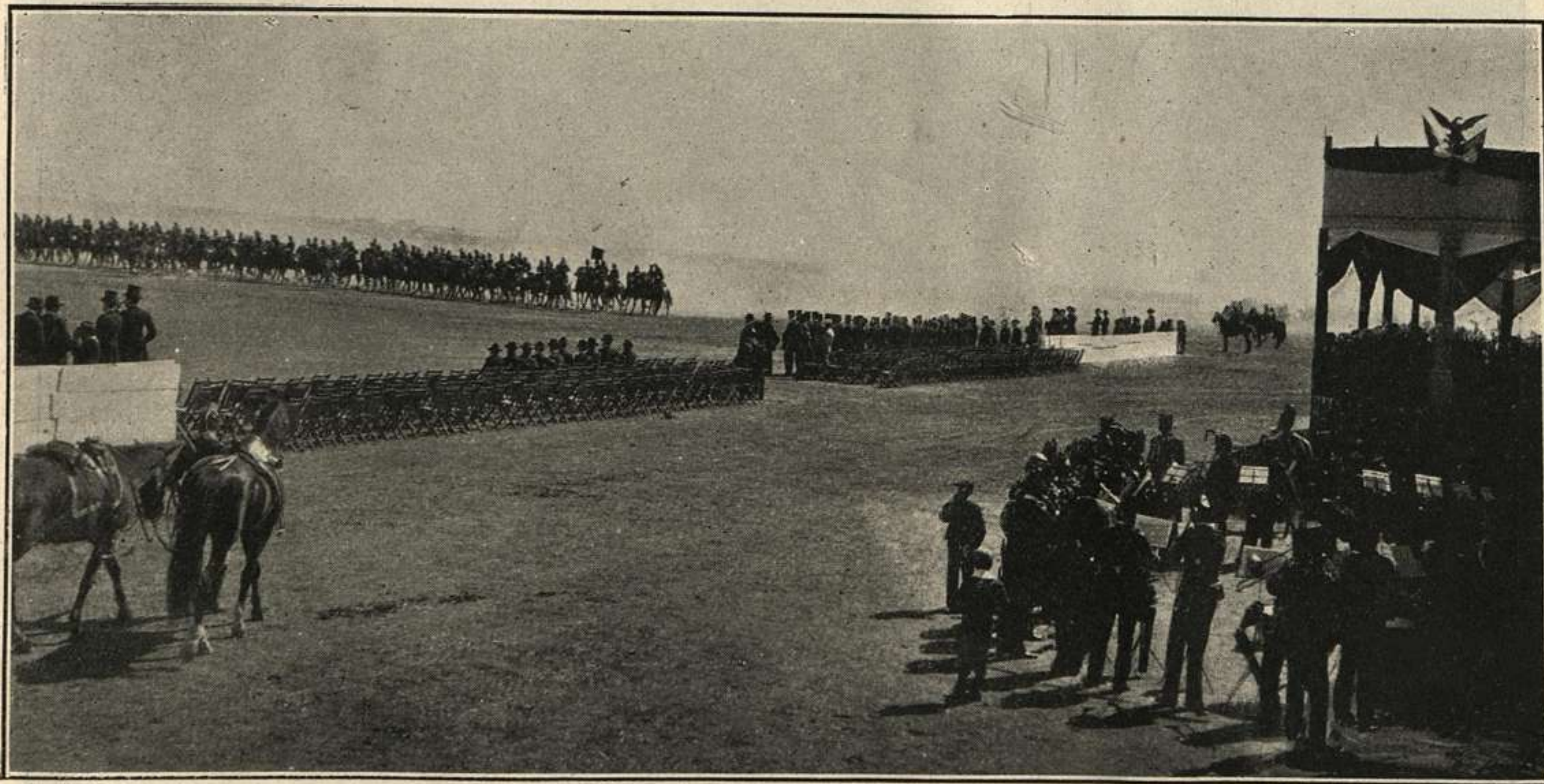
Dieron principio las maniobras de combate. Se hicieron dos clases de movimientos: los primeros en orden abierto por medio de un despliegue de combate, y los segundos en orden cerrado.

Unos y otros alcanzaron el mayor luicimento, y fueron comentados con entusiasmo.

Terminó esta hermosa fiesta militar, con un so-



El Señor Ministro de la Guerra y su Estado Mayor en el campo de las maniobras.



Parte del campo antes de principiar las maniobras.

berbio desfile de las fuerzas, en columna de honor, por Regimientos, pasando al frente de las tribunas para hacer los honores al Primer Magistrado de la Nación, retirándose en seguida para sus cuarteles.

Las tribunas de derecha á izquierda, y la numerosa sillería colocada en la prolongación de la línea, estaban literalmente llenas por familias de las clases alta y media de la sociedad, y rodeando el campo, sobre toda la línea de circunvalación, inmensa cantidad de gente presencié las maniobras.

Frente á las tribunas, á una distancia de 50 metros, se levantó una gradería que fué ocupada por los Oficiales Reservistas y otras personas, que deseosas de presenciá de cerca los movimientos, despreciaron el rigor del sol y permanecieron allí hasta que terminó el desfile.

La tribuna de honor estaba ocupada por los miembros del Cuerpo Diplomático, la mayor parte de los señores Delegados á la Segunda Conferencia Internacional Americana, y los más altos empleados de la Federación, á muchos de los cuales acompañaron sus distinguidas familias.

En primera línea á derecha é izquierda de los sitios que ocuparon los señores Secretarios de Estado, tomaron asiento el señor Embajador Clayton, los Ministros Plenipotenciarios, los Encargados de Negocios, los Secretarios de las Legaciones y los señores Generales del Ejército.

A las doce del día, el señor General Díaz y sus Secretarios de Estado, abandonaron el campo, después de haber presenciado el desfile de la columna de honor, que quedó al mando del señor General Vélez, pues el señor General Reyes, que fué felicitado calurosamente, regresó del campo al terminar las maniobras, y ocupó su lugar, á la izquierda del señor General Díaz, en la tribuna de honor.

La concurrencia presencié la salida del Primer Magistrado, y después comenzó á retirarse.

1901 (*)

Requiescat in pace.

El salmo de la muerte, el adiós al año que se extingue... hé aquí la dolorosa misión encomendada á mi torpe palabra.

Perdón, señores. Yo no puedo hacer traición á mis convicciones, y diré lo que pienso y lo que siento, aunque rompa en pedazos una creencia arraigada y profunda.

Desde las noches misteriosas del Apocalipsis, cuando el Cordero Pascual se dió en ofrenda de redención al Padre de la vida, ya el viejo Noel enviaba su hálito sombrío desde las regiones hiperboreas hasta las tibias campiñas tropicales. Y caían las hojas y encanecían los árboles, y una mortaja blanca cubría los montes y los valles inundándolos con el hielo espantoso de la muerte.

Pero eso era en los tiempos del Apocalipsis.

Hoy, debajo de los cópos nimbados de la nieve, se elabora la gestación del reino vegetal. Cabe su manto germinan los trigales, y la dorada espiga yergue su fruto bienhechor, como una ofrenda de regocijo á la naturaleza fecundada.

Hoy, la muerte es un accidente ilusorio. La eternidad ha desvanecido su aspecto funerario, y la vida la ha vencido, la ha conquistado, y la utiliza solamente como elemento de transformación para sus fines eternos.

¡1901!

El primer vástago de esa familia de cien niños que compondrían la tribu gigante del vigésimo siglo... ¿se irá, perecerá? ¡Oh, no! ¡cien veces no! ¿Cómo podrá alejarse quien toma su puesto entre nosotros? Y no es una ficción del simbolismo. Reflexionadlo. Ya no marcha, es verdad; pero es que ha cumplido su destino, y queda firme y redivivo como atalaya de mil generaciones, prendido en nuestro corazón, fotografiado en nuestra memoria y flotando en nuestro espíritu como los rayos bienhechores que proyectan las luces del inextinguible sol de su existencia.

El tiempo es inmutable.

El caduco símbolo que nos lo muestra como un anciano de lengua barba y de rugosa tez, olvidó que el tiempo es infinito y que como la esfinge de Gizeh sólo es mudo testigo de la sucesión de las cosas.

Yo me imagino á los siglos, á los años, á los días, á los instantes, como á las unidades tácticas de un gran ejército en revista. Dad la voz de "alto", y cada soldado, cada compañía, cada escuadrón, cada brigada y cada división, se irán poniendo en orden de pie firme, sin que esa tregua majestuosa signifique la muerte del ejército.

Descansando, pues, el año de 1901 no perece,

[*] Despedida pronunciada por su autor en una fiesta íntima la noche del 31 de Diciembre.

está alerta, y contemplará satisfecho la marcha del que sigue.

El, que ha logrado tantas conquistas y que realizó tantas proezas, en el orden científico y moral, nos ha enseñado la verdad de aquel hermoso apotegma de Pelletán: "el mundo marcha".

¡Adiós...! No. ¡Alerta! ¡Firmes!

La nueva aurora esplenderá sus tintas nacaradas, semejando las convulsiones del incendio; la naturaleza despertará conmovida por el piar de los pájaros cantores; y las flores abrirán sus cálices y desplegarán sus corolas derrochando sus galas y perfumes.

Preparémosnos nosotros al igual que la Naturaleza.

La Plaza de la Constitución.

AYER Y HOY.

La plaza de Armas de México ha sufrido á través de los tiempos transformaciones completas que se acentuaron principalmente durante el último siglo. Entre los acontecimientos que en ella se han desarrollado, figura la erección de la estatua ecuestre de Carlos IV, inaugurada el 9 de Diciembre de 1796, en el centro de una amplia elipse que ocupaba todo el espacio comprendido entre el Palacio Nacional, la Catedral, el Parián y el Portal de las Flores.



La actual Plaza de la Constitución en el año de 1796. (Oleo antiguo.)

Nuestra ofrenda bohemia será también grandiosa:

¡Oro, incienso y mirra...!

¡Tan, tan!

¡Oís? Ya llega, ya toca á nuestras puertas. La sublime escena de Nazaret se reproduce, y un coro de ángeles custodios conduce hasta nosotros al divino niño.

Acompañamos al año viejo para recibir dignamente al que llega. ¡Hossanna!

¡Salve, anhelado heredero de los tesoros conquistados!

Para tí son los dones que han acumulado los siglos, y tú los disfrutarás y los aumentarás con usura.

Que pase, que entre; abrid las puertas de vuestra alma y que llegue el heraldo, el paladín, el nuevo Lohengrin que nos lo viene á presentar.

Antonio Enriquez.

Para ese día se levantó en el centro de la elipse un magnífico pedestal cuya descripción se dió al público; pero sólo pudo colocarse en ella una estatua provisional.

Para darle mayor atractivo á las fiestas que se celebraron, el Dr. Don José Mariano Beristain de Sousa, Canónigo de la Metropolitana de México, abrió un concurso poético el 24 de Noviembre, pocos días antes de la erección de la estatua, ofreciendo seis premios: para la mejor inscripción latina; para el mejor soneto en elogio de Carlos IV; para las tres octavas reales mejores, alabando la generosidad de Branciforte, que costeó la estatua; para un epigrama latino en honor de Tolsa, autor de ella; para una oda y para el mejor romance que describiera la Plaza, pedestal y estatua.

Para que se vean las transformaciones de la Plaza Principal, damos además de la fotografía que representa á ésta, á raíz de la inauguración de la estatua, otra del estado que guarda actualmente.



La Plaza de la Constitución en la actualidad.

EL SEÑOR TRABAJO



Narciso, era llamado así, porque se parecía naturalmente á esta flor; no le gustaba hacer más que lo que era bello, y no le complacía ningún trabajo. Ahora bien, mientras Narciso era un muchacho, su madre lo alejó del techo paterno y lo confió á un maestro de escuela muy severo, conocido por el señor Trabajo. Los que le conocían á fondo, afirmaban que el señor Trabajo era un personaje muy digno, que había hecho más bienes á los niños y á los hombres que otro cualquiera. Ciertamente, no le ha faltado tiempo pa-

ra ello, porque, según dicen, se halla en la tierra desde el día en que Adán fué echado del Paraíso.

Esto, no obstante, el señor Trabajo tenía una figura severa y fea, sobre todo, para los chicos y grandes inclinados á la ociosidad, su voz era áspera y sus modales le parecían muy desagradables á nuestro amigo Narciso. Durante todo el día, este terrible maestro estaba sentado en su bufete, vigilando á sus discípulos ó paseando por la escuela con una varita en la mano. Tan pronto descargaba un latigazo en la espalda de un niño sorprendido jugando, tan pronto castigaba á una clase entera, que no sabía la lección; en una palabra, no teniendo los ojos clavados en el libro, ningún muchacho podía gozar de tranquilidad en la escuela del señor Trabajo.

—Jamás me podré acostumbrar á esto—pensó Narciso.

Hasta aquel día Narciso había vivido junto á su madre, que tenía una fisonomía mucho más dulce que la del anciano señor Trabajo, y había sido muy indulgente con su hijo. Por eso no es de extrañar que el pobre Narciso estuviera triste cuando cambió su suerte y se vió alejado de la buena señora, confiado al pícaro maestro, que jamás le daba manzanas ni pasteles, creyendo, al parecer, que los niños y los hombres han nacido para aprender y trabajar.

Imposible que yo permanezca aquí—cuando había pasado una semana en la escuela. Yo me escaparé para ir á buscar á mi madre, y al menos no tropezaré con quien sea tan insoportable como el señor Trabajo.

Así, al día siguiente, huyó Narciso y comenzó sus peregrinaciones por el mundo, sin más recurso que un poco de pan y queso para almorzar, y un corto número de monedas para sus gastos. Pero aun no había andado mucho camino, cuando tropezó con un hombre de grave porte que caminaba á pasos lentos.

—Buenos días, amiguito, dijo el extranjero; y aunque su voz parecía severa, no carecía de cierta benevolencia. ¿De dónde viene usted tan temprano y á dónde va?

Narciso era muy franco, y en su vida había mentido, vaciló un momento, pero acabó por confesar que se había salido de la escuela por la aversión que le inspiraba el señor Trabajo, y que estaba decidido á buscar por el mundo un sitio donde no volviera á ver, ni oír hablar del anciano maestro.

—Perfectamente—contestó el extranjero;—en ese caso, viajaremos juntos, porque yo también me quejo de ese señor, y celebraré hallar algún punto en que nadie haya oído nombrarle.

Nuestro amigo Narciso hubiera preferido un compañero de su edad con quien coger flores á orillas del camino, cazar mariposas ó cosas semejantes. Pero era bastante discreto para comprender que le sería más fácil recorrer el mundo con un hombre de experiencia. Aceptó, pues, la proposición, y los dos siguieron su ruta como buenos amigos.

Pronto pasaron por un prado donde los segadores cortaban yerba y la extendían para que se secara.

Narciso respiró el perfume de la yerba recién segada, y pensó que sería más agradable aquella labor al aire libre, cerca de los árboles en que gorjeaban los pajarillos, que aprender, encerrado, lecciones, y ser reprendido continuamente por el viejo señor Trabajo. Pero en medio de tales

pensamientos, mientras estaba mirando por encima de la pared, retrocedió de repente y se apoderó de la mano de su camarada.

—¡Pronto, pronto!—exclamó.—¡Huyamos, porque si no, nos cogerá!

—¿Quién?—preguntó el extranjero.

—El señor Trabajo, el maestro de escuela—respondió Narciso;—¿no lo distingue usted entre los segadores?

Y Narciso señalaba con el dedo á un hombre de cierta edad, que parecía el amo de la pradera y de las gentes que segaban. Se había quitado la levita y el chaleco, y se paseaba en mangas de camisa. El sudor corría por su frente; pero no dejaba por eso de meter prisa á su gente mientras era de día. ¡Y cosa extraña! Las facciones del viejo granjero eran las mismas del anciano señor Trabajo, que debía á aquellas horas estar en su sala de estudio.

—No tema usted nada. Ese no es el maestro de escuela, sino uno de sus hermanos que es el granjero. Y se dice que éste es el más insoportable de los dos. Sin embargo, no le incomodará á usted, á menos de tomar trabajo en su granja.

Narciso dió crédito á las palabras de su acompañante; pero se alegró mucho de perder de vista al granjero, que tanto se parecía al señor Trabajo.

Los dos viajeros llegaron pronto á un sitio en que estaban construyendo una casa. Narciso le rogó á su acompañante que se detuviera un instante; porque daba gusto ver con qué destreza trabajaban y manejaban sierras, hachas y martillos, y no pudo menos de pensar que él tomaría con placer aquellos instrumentos para edificar para sí una casita; porque entonces el viejo señor Trabajo no se atrevería á molestarle en ella.

Pero cuando le sonreía esta idea, nuestro Narciso apercibió una cosa que le aterró y le hizo coger la mano á su camarada.

—¡Vámonos pronto, pronto!—gritó.—¡Aquí está otra vez!

—¿Quién? preguntó tranquilamente el extranjero.

—El señor Trabajo, respondió Narciso temblando. ¡Allí, aquel que vigila á los trabajadores! Es mi maestro de escuela; ¡estoy tan seguro como de mí mismo!

El extranjero siguió con la vista la dirección indicada por Narciso, y vió á un hombre de cierta edad, que tenía en la mano una regla y un compás.

Este personaje recorría la casa sin concluir, midiendo maderas, dando instrucciones y exhortando á los otros á no perder el tiempo. Y donde aparecía su figura rugosa, los obreros sentían que tenían sobre ellos un amo, y se ponían á aserrar y martillar como si les fuera en ello la existencia.

—¡Oh! aquél no es el maestro de escuela—dijo el extranjero.—Es un hermano suyo, que ha tomado el oficio de carpintero.

—Me alegro de eso—repuso Narciso;—pero si usted quiere, celebraré el apartarme de aquí cuanto antes.

Continuaron su viaje y oyeron muy pronto el ruido de un tambor y una corneta. Narciso aplicó el oído y excitó á su compañero á apresurar el paso para ver á los soldados. Así lo hicieron, y encontraron una compañía de infantería, lujosamente vestida, con sus fusiles al hombro. Delante marchaban los tambores y dos cornetas, que tocaban una marcha tan bella, que Narciso se hubiera ido de buena gana tras ellos hasta el fin del mundo.

—¡Si yo fuera soldado! se dijo; el señor Trabajo no se atrevería á mirarme á la cara.

—¡Paso ligero! ¡Marchen! gritó una voz fuerte y ronca.

Narciso se asustó, porque la voz que se dirigía á los soldados tenía el mismo timbre que la del maestro de escuela. Y cuando miró al Capitán de la Compañía, ¿qué vió sino el verdadero retra-

to del señor Trabajo, con un hermoso sombrero de plumas en la cabeza, una casaca galoneada, un cinturón de púrpura, y en la mano un sable en vez de vara? Y aunque llevaba la cabeza erguida y se cantoneaba como un pavo real, sin embargo, parecía fea é insoportable, como cuando tomaba lecciones en la escuela.

—Aquel es indudablemente el viejo señor Trabajo—dijo Narciso con voz trémula.—Huyamos, no sea que nos aliste en su compañía.

—Se engaña usted otra vez más—replicó con calma el extranjero.—Ese no es el maestro de escuela, sino uno de sus hermanos, que está siempre de servicio. Dicen que es muy severo, pero nosotros no tenemos que temerle.

—¡Tanto mejor!—dijo Narciso;—pero no importa, yo no quisiera ya ver más soldados.

El niño y el extranjero se volvieron á poner en marcha y llegaron en seguida á una casa en que se regocijaba una sociedad numerosa. Señoritas de sonrosadas mejillas, hombres con la sonrisa en los labios, bailaban al compás del violín.

Este era el golpe de vista más agradable de que había disfrutado Narciso, y el que lo recompensaba de todos sus desengaños.

—Oh! Parémonos aquí!—dijo á su camarada—porque el señor Trabajo no osará mostrar su cara á un tocador de violín y á gentes que bailan y se divierten. . . . Aquí estamos muy seguros.

Pero estas últimas palabras espiraron en los labios de Narciso, que volviendo la vista por acaso al músico, había descubierto la imagen del maestro; teniendo un arco en lugar de vara y manejándolo con tanta destreza como si nunca hubiera hecho otra coza que tocar el violín. Aunque tenía cierto aire francés, se parecía, facción por facción, al señor Trabajo; y Narciso se imaginó que le invitaba por señas á bailar.

—¡Dios mío!—murmuró palideciendo.—Cualquiera diría que no hay en el mundo más que el señor del Trabajo. ¿Quién hubiera creído que tocaba el violín?

—No es el maestro de escuela,—dijo el extranjero,—sino uno de sus hermanos que ha aprendido en Francia á tocar el violín. Se avergüenza su familia y se hace llamar el señor Placer; pero su nombre es el señor Trabajo, y los que le conocen bien, le juzgan peor y más desagradable que sus hermanos.

—Le ruego á usted que continuemos,—dijo Narciso.—No me gusta nada la fisonomía de tal músico.

Prosiguieron su marcha por el camino real, sen-

deros sombríos á través de risueños pueblos; pero en todas partes se veía la imagen del señor Trabajo; se les aparecía como espantajo en los campos.

Si entraban en alguna casa lo encontraban sentado en la sala; si echaban una ojeada á las cocinas, allí estaba también. En toda cabaña parecía el amo, y siempre tenía algún disfraz para deslizarse en las más espléndidas regiones. En todas partes descubría Narciso algún semejante al señor Trabajo, y que según el extranjero, era uno de los innumerables hermanos del viejo maestro de escuela.

Narciso se moría de fatiga cuando vio á algunas gentes tendidas muellemente á la sombra á orillas del camino. El pobre niño suplicó á su compañero que se detuviese para descansar.

—El señor Trabajo no vendrá nunca aquí, porque detesta ver á la gente ociosa,—dijo el extranjero.

Al decir esto fijó la vista en el que parecía más indolente y apático entre todos los apáticos é indolentes que estaban tirados en el suelo. ¿Y quién era sino el retrato del señor Trabajo?

—La familia del señor Trabajo es muy numerosa, observó el extranjero. Ese es otro de sus hermanos, educado en Italia, donde ha contraído esos hábitos de ociosidad y tomado el nombre del "signor Farniente." Pretende que vive cómodamente; pero en realidad es el más desgraciado de la familia.

—¡Oh! Vuélvame usted, vuélvame usted,—exclamó el pobre Narciso llorando: Si sólo hay trabajo en todo el mundo, prefiero volver á la escuela.

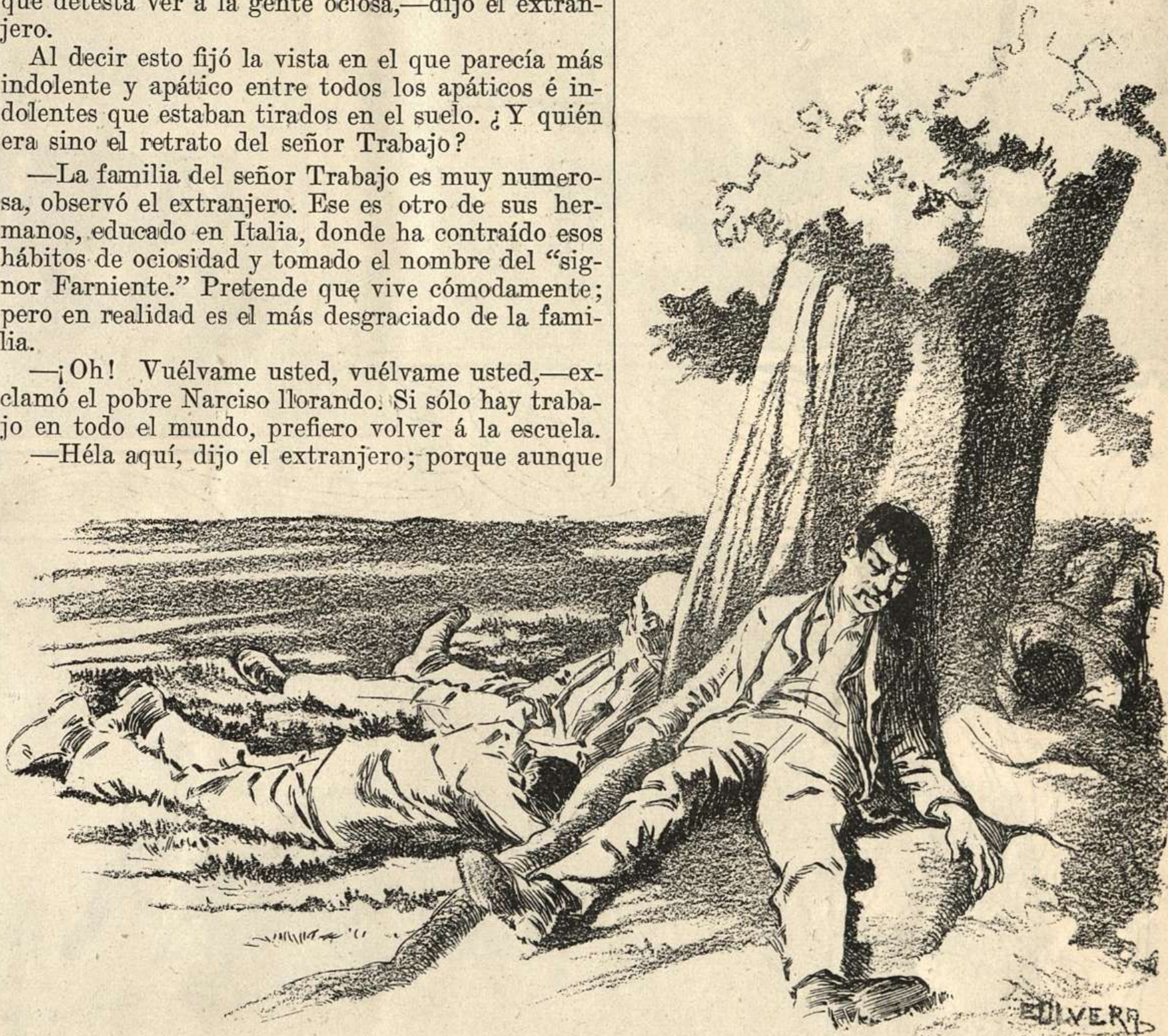
—Héla aquí, dijo el extranjero; porque aunque

habían andado mucho, habían marchado circularmente. Vamos juntos, volveremos á la escuela.

La voz del extranjero tenía cierta cosa que recordó Narciso en aquel momento, siendo raro que no lo recordase antes. Levantó los ojos y vio . . . las facciones del señor Trabajo; de manera que queriendo huir del maestro, había permanecido todo el día con él.

Algunas personas afirman que el viejo señor Trabajo era un mágico que tenía la habilidad de tomar el disfraz que le convenía, y que había querido demostrar á Narciso y á los que supieran su historia, que la asiduidad y el trabajo no son más penosos que el juego y la ociosidad.

Nathaniel Hawthorne.



PAGINAS CORTAS.

LAS FLORES.

Son el símbolo de la hermosura y del amor.

Las flores, sobre el pecho de las bellas, seducen; en el ojal del saco de un joven, gustan.

Si descansan sobre el seno de una anciana, se vuelven cursis; en el ojal de la levita del teñido vejete, causan risa.

Han nacido para la juventud, para realizar el idilio.

Sobre un féretro pierden su belleza; en la orgía, repugnan. Su aroma suave, delicioso, se torna en acre, insoportable. Es que entonces huelen á carne de cortesana.

Me gustan mucho las flores. Si fuera poeta, á ellas cantarías; si músico, para ellas compondría mis romanzas más sentimentales; si pintor, las trasladaría al lienzo.

Sobre la planta que les ha dado vida, en el extremo de la ramita bambaleante donde reposan, bañadas por el rocío, besadas por el sol. . . ¡así me gustan las flores!

En el florero de lujosa sala, donde se expanden sentidas notas musicales, donde repercuten cargadas argentinas que brotan de hermosas gargantas de alabastro, me gusta ver las flores.

Y me gusta verlas también en el modesto ga-

binete de la humilde costurera, sobre el tocador sencillo ó en la democrática mesita á mil usos destinada; me gusta verlas en la alcoba nupcial, como testigos mudos de la ansiedad creciente del novel esposo y el rubor de su dama palpitante; me gusta verlas, en fin, donde el amor ríe y vierte perlas; donde canta con música de besos.

Así, así me gustan las flores!

Un ramo pequeño, bello, artístico es el obsequio que más aprecio.

LO QUE ME DIJO MI HADA.

. . . .Invoqué á mi Hada y mi Hada apareció, envuelta en ligeros tules, semejantes á la niebla que flota sobre la campiña de los países brumosos.

Inclinó su frente pálida sobre mi rostro demacrado, y quedo, muy quedo, me dijo al oído:

—¿Qué deseas? ¿Quieres flores, perlas, piedras preciosas que brillen con la luz del rayo; inspiración para tus páginas, pergaminos para grabar tus ensueños negros de escéptico sin esperanza?

—No.

—¿Quieres una paleta prodigiosa, con todos los matices del Arco Iris? ¿Quieres el don de trasladar sobre la tela insensible una gota de rocío, temblando sobre la hoja de una violeta? O

quieres pintar la luz que se agita, la ola que se quiebra, la mina que estalla.

—No. Ni quiero flores, ni perlas, ni piedras preciosas; ni los colores del Iris para mi paleta, ni la gota tembladora del rocío, ni la ola que se quiebra, ni la mina que estalla.

—¿Qué quieres, pues?

—Quiero ver, por un instante, el alma de una mujer; de una mujer que ha dos lustros adoro por su perfil de estatua griega y su sonrisa de querube.

Y entonces mi Hada Azul hizo un gesto que no comprendí, sonrióse tristemente y me dijo:

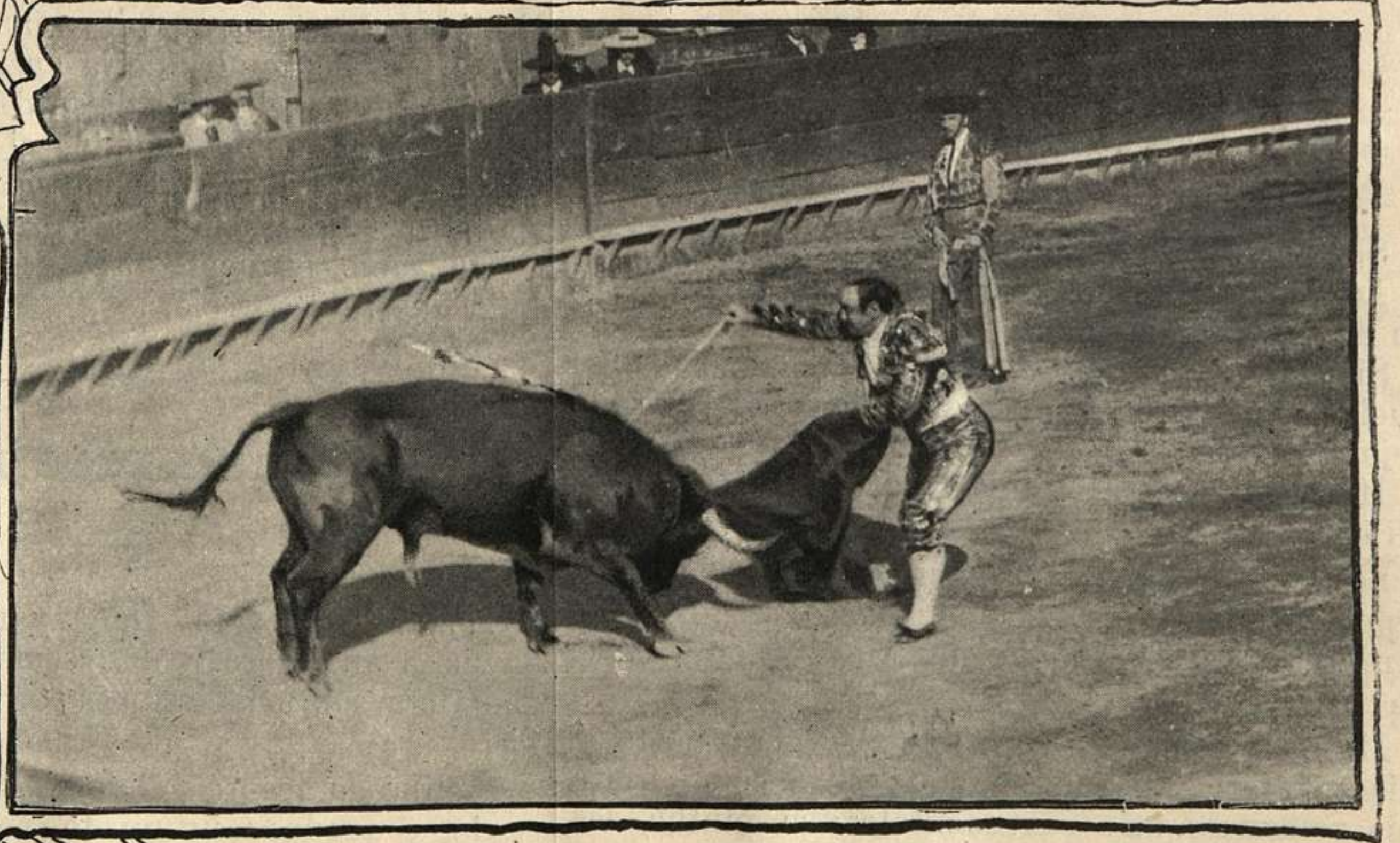
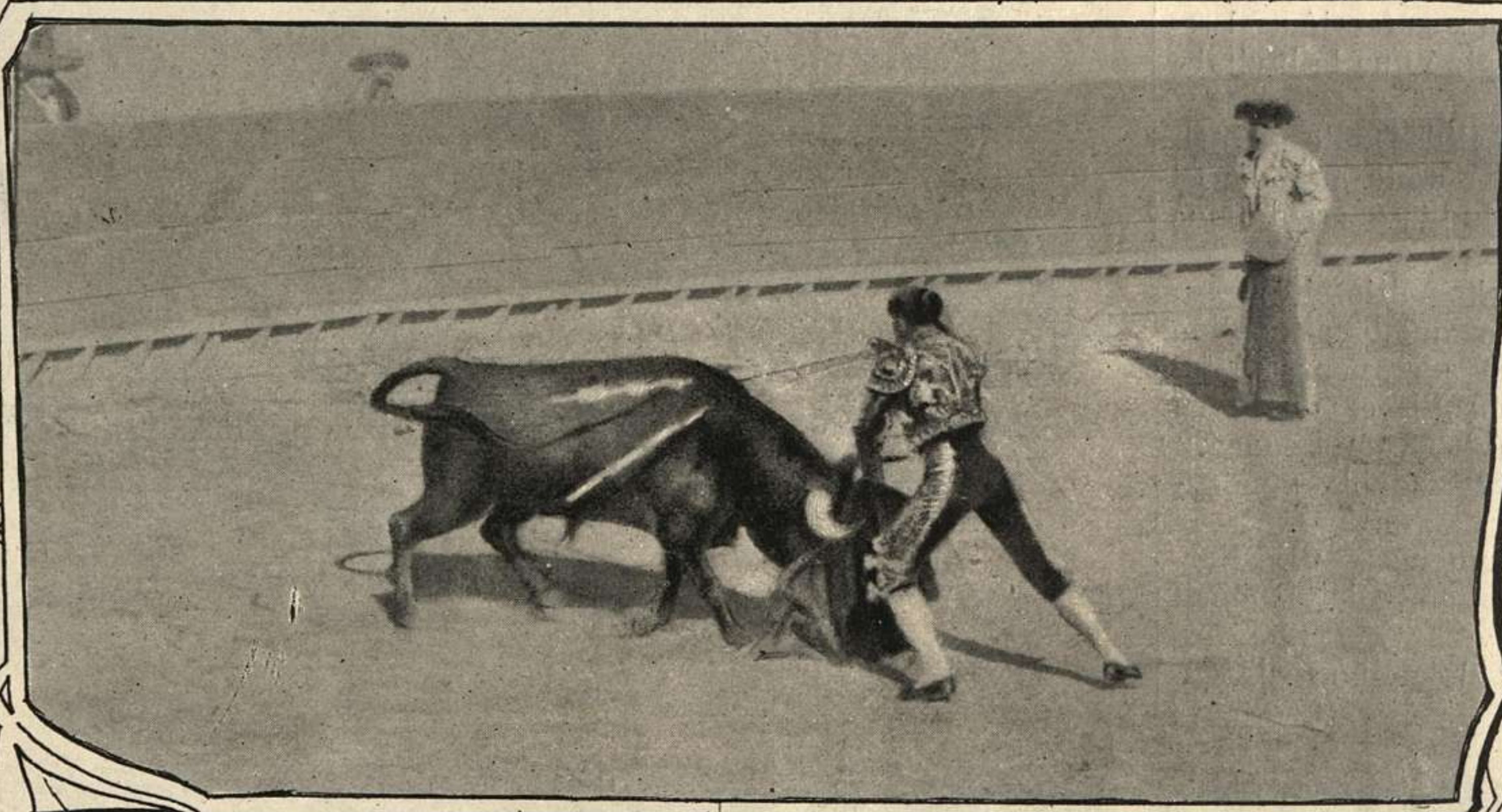
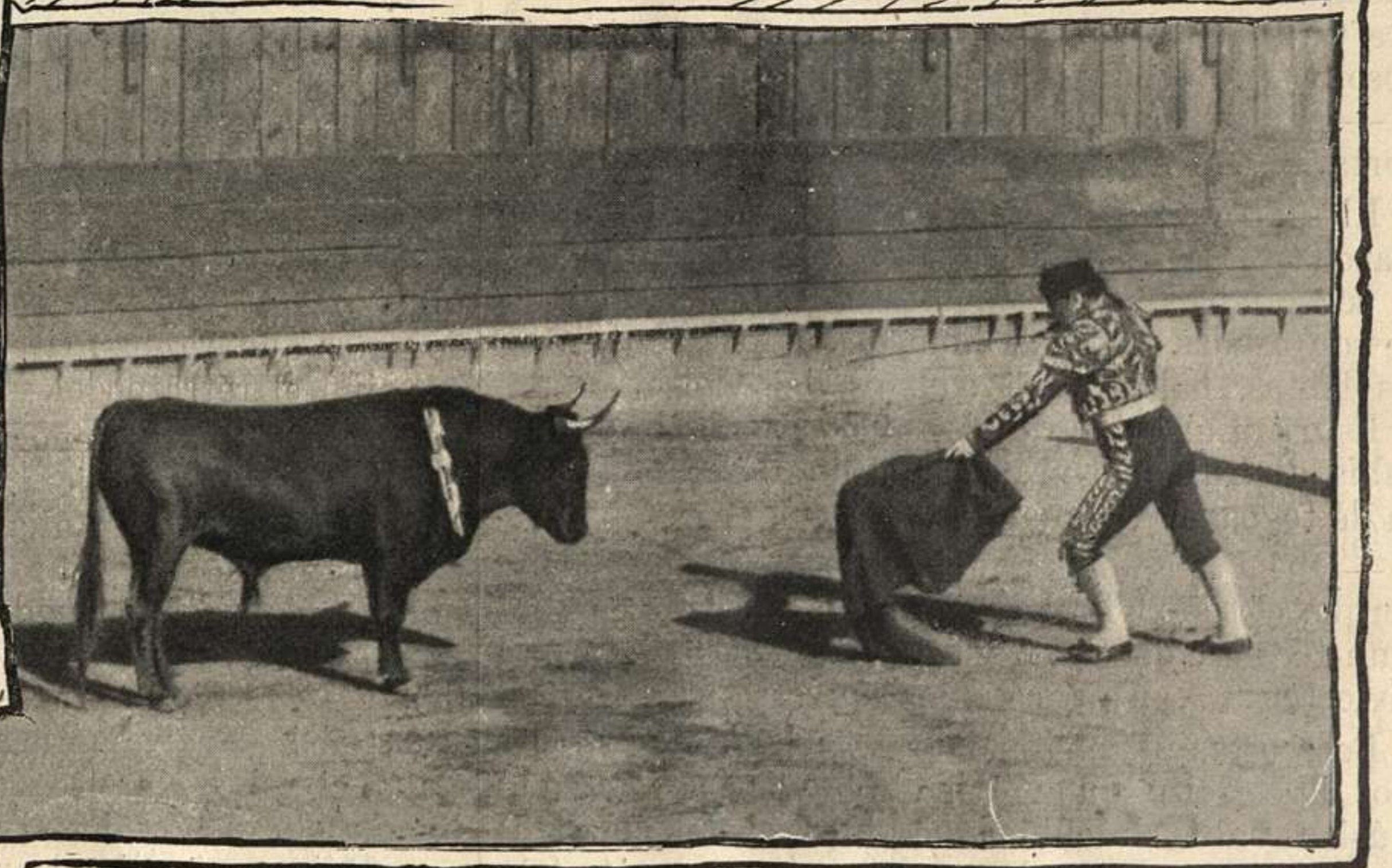
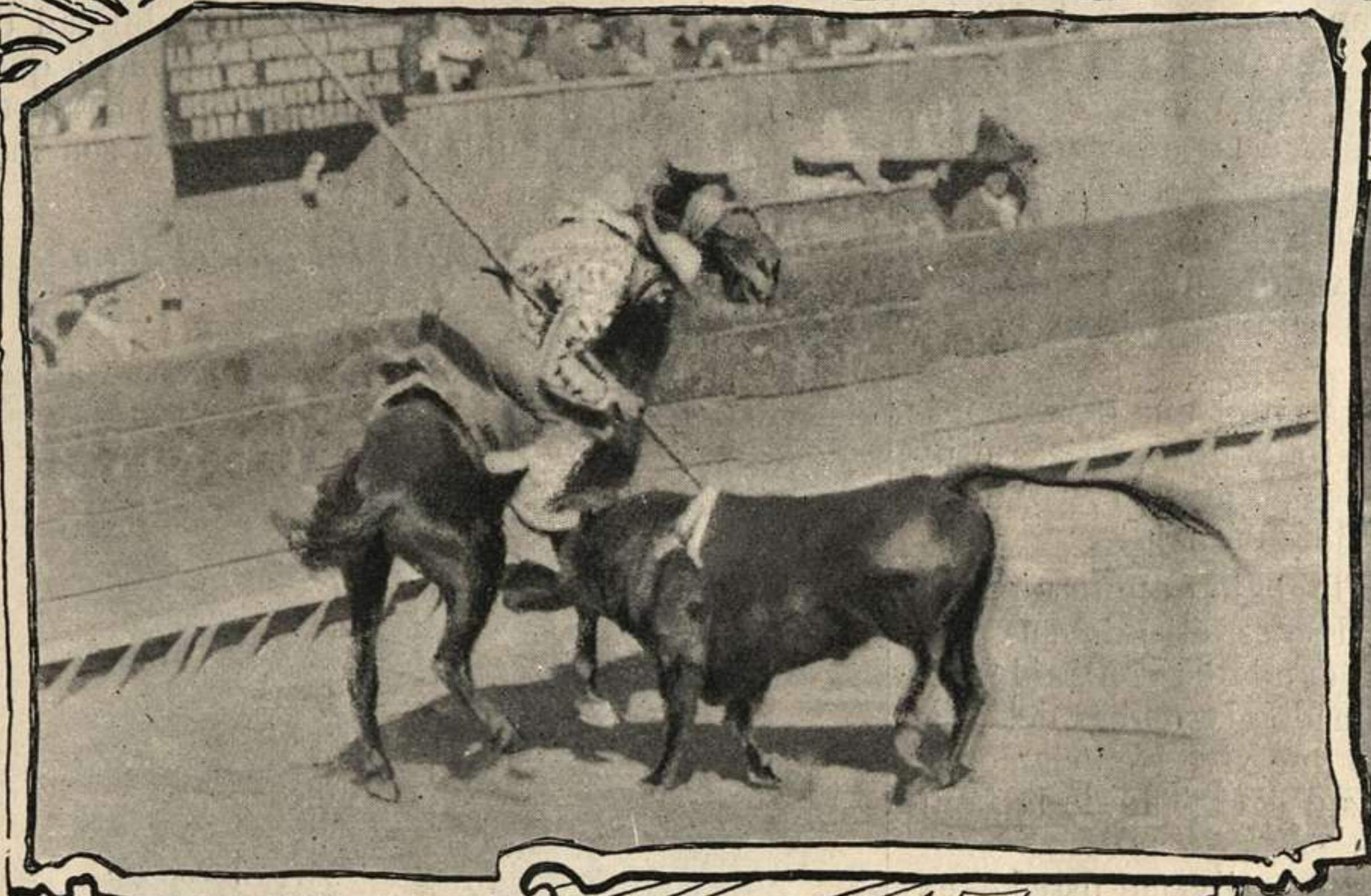
—Ah! mi niño poeta, desheredado de cítara y de lira! Quieres lo imposible; quieres lo que no puede el Creador. Eres sacrilego. . . ! porque el alma de la mujer es algo tan puro, tan etéreo, tan sublime, tan perfecto, que tu pensamiento solo podría empañar la de esa niña que amas por su perfil de estatua griega y su sonrisa de querube.

Y el Hada se desvaneció lentamente, como esas nubecillas blancas que flotan en el fondo azul del horizonte.

Leonardo A. Bezzano.



Mazzantini y Fuentes EN LA PLAZA MEXICO



Están constituyendo actualidad las corridas de toros en la Plaza "México", en que alternan los matadores Mazzantini y Fuentes. Por ese motivo, damos en esta página algunas instantáneas tomadas en la última corrida.

- 1.—Uua buena vara de "Pepe Largo."
- 2.—Mazzantini perfilándose en su primer toro.
- 3.—Fuentes entrando á matar el segundo toro.
- 4.—Caída en descubierta y Fuentes preparando un magnífico quite.
- 5.—Mazzantini entrando á matar su segundo toro.



EL SALON DE ESPERA

Si Edmundo de la Richardière no hubiera padecido neuralgias, hubiera sido el hombre más feliz de la tierra. Pero padecía neuralgias. En este mundo no es posible la felicidad completa. ¿Han tenido alguna vez neuralgia mis lectores? ¿No?... Pues les felicito sinceramente. Desconocen uno de los atroces suplicios de que es víctima con excesiva frecuencia nuestro pobre cuerpo humano. No saben lo que es despertarse con un dolor insignificante, muy insignificante, en la sien, casi nada: una punzada imperceptible, pero que es el anuncio seguro de un día de tormento.

Poco á poco, siguiendo una progresión lenta é implacable, esta punzada se afirma, crece, se agranda, toma mayor intensidad, invade la otra sien, los ojos, la frente, todo el cráneo. Entonces parece que un martillo invisible mete millares de clavos en la cabeza; que un animal de uñas encorvadas desgarrar el cerebro, que una legión de demonios baila en él una zarabanda endiablada.

El paciente se agita presa de loca é impotente rabia, pronto á morder un hierro ó á matar al mejor amigo, su poder hallar reposo, rebelde la mente á todo pensamiento, maldiciendo de la existencia de los hombres, del diablo, hasta que, por último, el dolor, llegado al paroxismo, aterra y sumerge en un estado comatoso rayano en la imbecilidad.

El que imagine semejante martirio, en el caso de que no tenga de él conocimiento personal, se hará fácilmente cargo de la desesperación que había de sobrevenir á Edmundo de la Richardière, cuando al despuntar aquel día sintió en sus nervios encefálicos la primera mordedura de un mal cuya marcha invasora é ineluctable demasiado conocía por propia y constante experiencia.

No era aquel, en efecto, un día ordinario para Edmundo de la Richardière. A las cinco de la tarde debía ir de visita á casa de su antigua amiga, la señora Jouvenot, donde había de encontrarse con una viuda joven, llamada Margarita des Prés, tan encantadora, á juzgar por lo que le habían asegurado, como su pético nombre, y dispuesta á realizar un segundo ensayo de la vida conyugal.

¿Cómo representar el papel de enamorado cuando parece que se parte la cabeza y á poner de relieve méritos de conquistador con frases galantes y bien redondeadas, cuando no se ocurre otra idea que la de gritar: "¡Dios mío y cómo me duele!"

II

Edmundo de la Richardière tenía el firme propósito de contraer matrimonio. Estaba á punto de cumplir 35 años y empezaba á fastidiarle la vida de soltero. Además, era aficionado al sosiego y tenía inclinaciones sentimentales. Por otra parte, las referencias que le habían dado acerca del carácter y de las cualidades de la señora des Prés, eran muy de su agrado. Una de éstas le complacía por modo especial.

En su primer matrimonio, esta adorable mujer había cuidado solícitamente, durante cuatro años, á su marido, siempre enfermo, y Edmundo conjeturaba con gran complacencia que debía ser una enfermera excelentísima para asistirle en sus crisis neuralgias. Y acaso la paz de la misma vida conyugal, los goces tranquilos y ordenados del hogar acabarían por interrumpir la sucesión periódica de su maldita enfermedad.

Pero he aquí que, como para mofarse de él, reaparecía con más violencia



TRAJE DE CALLE CON ADORNOS DE PIEL.

que nunca, precisamente el mismo día en que más necesitaba del libre uso de sus facultades intelectuales.

¡Qué terrible coincidencia! ¿Cómo salir del compromiso?

Después de haber dado vueltas y más vueltas á este pensamiento en su torturado cerebro, lo que ciertamente no era lo más á propósito para mitigar su dolor, Edmundo tomó una resolución heroica. Después de haberse vestido gimiendo, se metió en un coche y se hizo llevar á casa del Dr. Mateo Lambert, especialista en enfermedades nerviosas, decidido á pedirle que le diera inyecciones de morfina, que le aplicara la electricidad, que hiciera de él cuanto se le antojara, á condición de que le pusiera durante una hora, ¡una hora solamente!, de



Trajes de recepción, de casa y de calle.

cinco á seis, en estado normal ó casi normal.

Aunque la consulta no empezaba hasta las dos, en el salón del doctor estaban ya aguardando ocho personas.

Edmundo trató de conseguir que el criado le eximiera de la obligación de esperar á que le llegara el turno, poniéndole dos francos en la mano; pero el rígido sirviente rechazó con gesto de dignidad ofendida esta tentativa de corrupción... No realizaba actos de semejante naturaleza por menos de cien sueldos.

Era preciso aguardar. Ocho personas, á un cuarto de hora cada una por término medio, representaban dos horas de espera. Edmundo calculó que podría ver al médico hacia las cuatro, con tiempo todavía para ir á casa de la señora Jouvenot, y se hundió en un mullido sillón, con la esperanza de que se calmaría algo su dolor en el silencio y la inmovilidad.

III

De pronto se abrió de nuevo la puerta y penetró en el salón un torbellino de seda; una mujer, á juzgar por el vestido, pues llevaba el rostro oculto

tras un pañuelo de encaje que apretaba convulsivamente con ambas manos.

Sentóse, lanzando un gemido; pasados diez segundos se levantó, gimió de nuevo y se fué hacia la ventana, donde, soltando el pañuelo, se puso á golpear furiosamente los cristales. Después volvió á sentarse, enseñando esta vez su rostro, muy simpático, y repentinamente púsose otra vez de pie y comenzó á dar vueltas con paso agitado y febril por el salón.

Edmundo despertó con sobresalto del letargo que había calmado por un instante su dolor y experimentó una terrible sensación, algo así como si le arrancaran con tenazas de fuego los lóbulos cerebrales. Y, poniendo en olvido que con las damas hay que ser siempre galante, refunfuñó:

—¡Esta señora es el movimiento continuo! ¡Podría estarse quieta, aunque fuera por compasión de los demás!

La joven señora (pues era joven y hermosa) oyó estas palabras, y plantándose delante del que las había pronunciado, contestó con voz sorda:

—Si sufriera usted como yo sufro, caballero, no estaría usted tan tranquilo.

—Edmundo replicó con acritud:

—Ningún motivo tiene usted, señora, para suponer que yo no sufro tanto como usted.

—Es posible, señor; pero no lo considero probable. De todas maneras, si la enfermedad le momifica á usted, á mí me produce el efecto contrario. ¡Y entiendo que cada cual es libre de padecer á su modo! Cuando tengo el ataque necesito moverme....

—Lo que no deja de ser muy fastidioso para los otros. Al fin y al cabo debiera tener usted en cuenta que se halla en un salón público.

—Es usted muy poco amable, caballero.

—Yo no sé si soy amable ó no; pero sí sé que la neuralgia me hace estallar la cabeza y que me es absolutamente necesario el sosiego.

—Y yo sé que el movimiento me es indispensable cuando la neuralgia me martiriza los dientes.

—Pues hagáselos usted arrancar.

—¡Excelente consejo!—exclamó la enferma, riéndose con ironía y enseñando al reír dos hileras de perlas que, en efecto, hubiera sido una atrocidad sacrificar.

A esta escaramuza siguió un rato

de calma relativa. La señora de los hermosos dientes se levantó nada más que siete veces en un cuarto de hora, mientras Edmundo se revolvía en su asiento.

El reloj dió las cuatro. Sólo había un cliente para pasar delante del señor de la Richardière.

De repente su compañera en neuralgia saltó de su sillón y fué á sentarse muy guapamente al lado de Edmundo.

—Caballero,—le dijo con voz más dulce:—suplícole que me dispense. Confieso que he estado demasiado viva en mis contestaciones. ¡Pero cuando se sufre como sufro yo!... No duermo que es usted un perfecto caballero, y por eso me atrevo á suplicarle que me ceda usted el turno.

—Lo siento infinitamente, señora. No guardo á usted rencor alguno y tendría sumo placer en servirla, si pudiera. Pero es el caso que ya son las cuatro y diez minutos, y á las cinco tengo una cita, á la que en manera alguna puedo faltar. Tenga usted la seguridad de que, á no ser por esto....

—Lo mismo me ocurre á mí, caballero. A las cinco he de estar en casa de una amiga para un asunto de gran

trascendencia en que se juega mi porvenir.
—También depende el mío de que me halle ó no en el lugar de la cita á la hora exacta que tengo señalada.
—Hágame usted el favor de atenderme un momento, caballero. Voy á explicárselo á usted todo, en la seguridad de persuadirle.

—No le pido á usted ninguna confianza, señora.
—No obstante, quiero hacérselas á usted. De esta suerte podrá usted apre-



Espalda de traje de casa.

ciar la importancia del servicio que le pido.... Se trata de un matrimonio....

—¿De veras? Pues bien, señora; por lo que á mí respecta, para un proyecto de matrimonio estoy también citado á la expresada hora.... Conque ya comprenderá usted....

—Necesito veinte minutos al menos para ir de aquí á la calle de Lafayette.

—Precisamente á la calle de Lafayette he de ir yo, y, como usted, necesito veinte minutos....

—¿Se burla usted de mí, caballero!

—¡Ay! sufro demasiado para pensar en guasarme de nadie.

IV

La señora enferma se calló un instante y estuvo en actitud sosegada. Miraba á Edmundo y parecía reflexionar. Hubiérase dicho que se había mitigado mucho su padecimiento.

Por su parte, Edmundo, tenía la apariencia de sufrir menos: las neuralgias suelen ofrecer estas agradables sorpresas.



Espalda de talle jaquet.

Acaba de pasar al despacho del Doctor el último cliente.

—Caballero,—dijo la dama:—¿experimenta usted acaso con frecuencia tales ataques?

—Por regla general cada quince días. Pero el de hoy es un suplemento, debido sin duda á la emoción producida por la idea de que había de ser presentado esta tarde á las cincuenta y cinco personas que me han conmovido mucho.

—Lo mismo me pasa á mí... La

idea de la visita que he de hacer esta tarde y cuyas consecuencias tan graves pueden ser para mí me ha sobre excitado los nervios. Pero ¡es extraño!... La compañía, la conversación, sin duda... me siento mucho mejor... Se lo debo á usted caballero.

—Exactamente lo mismo he de repetirle á usted, señora. ¡Es un verdadero milagro! Positivamente se me ha calmado el dolor... He probado todos los remedios y ninguno me ha producido el menor alivio... En cambio, han sido suficientes algunos momentos de conversación agradable con una mujer encantadora.

—Es muy galante, caballero. Pero, en verdad, me alegraría muchísimo de haber contribuido en algo á su curación.

—Ha contribuido usted en absoluto, señora, ¡en absoluto!—exclamó Edmundo, maravillado de sentir aliviada por momentos la cabeza.—Jamás olvidaré el servicio que acaba usted de prestarme.... Tiene usted una verdadera influencia magnética. ¡Ah! la persona que le ha de ser á usted presentada dentro de poco es muy afortunada.

—¿Quién sabe?... Tal vez no tenga el mismo saludable poder de que



Delantero y espalda de traje para interior.

me ha dado usted patente muestra para librarme de mi terrible dolor en los dientes.

—Me acuden otras vez las ideas á la mente, señora, y una se me ha ocurrido que voy á tomarme la libertad de someter á su consideración. Son las cinco menos cuarto, y puesto que nos hallamos aliviados de nuestras dolencias, podríamos marcharnos en vez de esperar á ese Doctor, del que no necesitamos ya para nada. Me ha dicho usted que tiene que ir á la calle de Lafayette, y lo mismo me pasa á mí. Acaso el trasladarnos allí juntamente complete nuestra curación. Aunque, en verdad, no sé si tengo derecho á proponerle á usted semejante cosa, pues debe usted de reputarme hombre muy mal educado.

—¿De ninguna manera! Cuando uno padece, deja de ser quien es. Y por lo mismo me habrá usted tomado por una loca.

—Señora... ¡Pero no! No creo oportuno decirle á usted mi parecer. Me limitaré, pues, á expresar el deseo de que la señora Margarita des Prés se parezca á usted en todos conceptos.

—¿Cómo dice usted, caballero?
—Digo que voy á ser presentado á una viuda joven, llamada Margarita des Prés, y que de veras desearía...

—Entonces es usted el señor de la Richardière, y se dirige á casa de la señora Jouvenot?...

—Exactamente. Mas ¿cómo lo sabe usted?

—¿Quiere usted ofrecerme el brazo, caballero? Iremos juntos á casa de la señora Jouvenot. Queda hecha nuestra doble presentación; yo soy Margarita des Prés... Hablaremos por el camino.

—¿Y nos pondremos de acuerdo?

—Así lo espero, caballero. ¡Tiene usted una influencia tan decisiva para la curación de las neuralgias dentales!...

—¡Y usted para curar las de la cabeza!.... Señora, estoy á sus órdenes.

H. du Plessac.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Se dá el nombre de "Economía doméstica" al arte de utilizar convenientemente el tiempo, la inteligencia y el dinero en obsequio de la familia; es decir, de consagrarse en términos útiles á los cuidados domésticos, que Fénelon define de esta manera:

"Todo lo que se relaciona con el gobierno interior de una casa, todo lo que concierne á los gastos para los vestidos, las ropas, los muebles, la mesa, la educación de los hijos, los salarios y el alimento de los criados."

Resulta, pues, que la economía doméstica afecta los caracteres de una ciencia y reviste indudable importancia, exigiendo para su práctica cierto número de condiciones.

La economía doméstica es necesaria para la mujer en todas las posiciones sociales, y no puede negarse que si interesa á la joven adquirir estudios más ó menos científicos, le importa saber dirigir el hogar, donde se crean las afecciones y las virtudes.

Las cualidades generalmente admitidas como indispensables para la ciencia del hogar, según los autores que con mayor acierto se han ocupado del asunto, son el "orden," la "previsión," la "limpieza" y el "amor al trabajo."

El "orden" establece un prudente equilibrio entre los ingresos y los gastos, permite dar al tiempo el mejor empleo; regular todos los actos de la vida de familia y es la base más sólida del contento y del bienestar.

El orden tiene tres ventajas: alivia la memoria, economiza el tiempo, conserva las cosas.

El desorden tiene tres inconvenientes: el enojo, la impaciencia, y la pérdida de tiempo.

El orden necesita tres servidores: la voluntad, la atención y la destreza.

El desorden tiene tres amos: la precipitación, la pereza, el aturdimiento.

La "previsión," resultado de la experiencia, consiste en aceptar las privaciones y aún los sacrificios, en obsequio de un éxito aichoso, que si por de pronto no se adivina, lo comprende la madura reflexión.

Séneca dice "Sin la economía, no hay riquezas bastantes grandes; con ella ni las hay demasiado pequeñas."

La "limpieza" ocupa un lugar importante, y sin descender á su análisis, es fácil reconocer la necesidad de rendirle tributo, para que figure como embellecimiento del hogar y forma de la higiene.

El "amor al trabajo" es la garantía eficaz de que las cualidades citadas tienen exacto cumplimiento y, bajo cierto punto de vista, constituye una interesante virtud de la mujer.

No olvidemos esta frase, llena de profunda filosofía:

"Desgraciado quien no conoce el encanto del trabajo, pues conocería demasiado pronto el disgusto de los placeres."

PENSAMIENTOS.

¡Oh, mujeres! ¡Cuán grande es vuestro poder! Con una sonrisa creáis héroes y hombres de genio. El día que



Traje de diario para calle.

lo intentéis seriamente nos transformaréis, perfeccionándonos. Esto lo conseguiréis negando vuestros favores al que no sea digno por sus acciones.

Un médico ilustre ha dicho que no había enfermedades, sino enfermos; y esta sola frase confiere á las mujeres el grado de doctor. La mujer debiera ser médico, clavada á la cabecera del enfermo, siquiera sea para simbolizar la esperanza.

**

Una mujer vulgar podrá ser una esposa honrada y una madre cariñosa; pero si á estas virtudes añade los encantos de la inteligencia, será adorable



Traje de casa para señorita de 15 años.

PARA EL HOGAR

LA ELECCION DE LA CASA

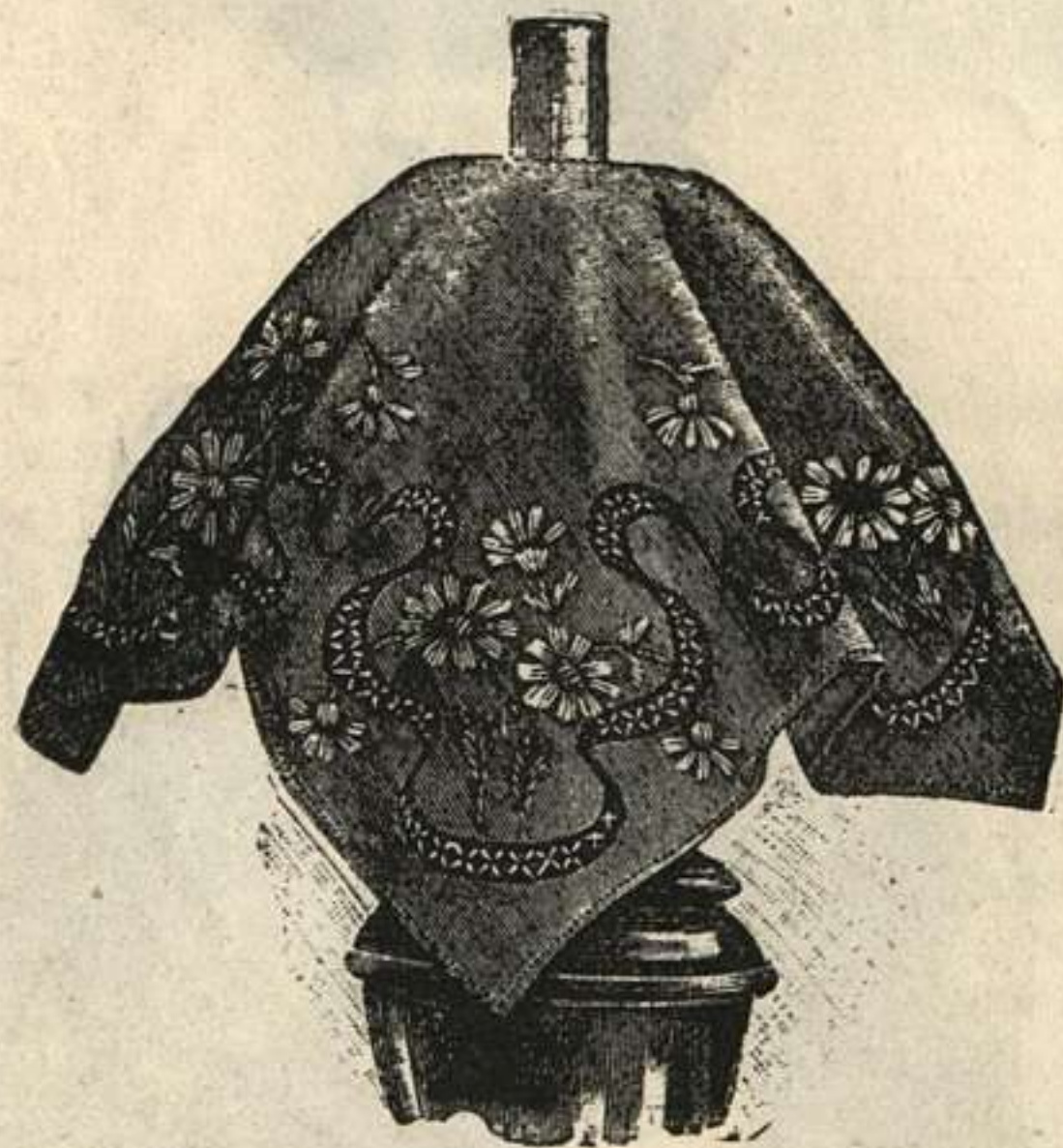
En este punto los consejos que se pueden dar han de subordinarse á los medios de que el matrimonio, sea reciente ó antiguo, dispone. La cuestión no se presenta del mismo modo en las grandes ciudades y en las pequeñas. Cuando se habita una de las



Pantalla para lámpara eléctrica.

primeras, hay que subordinar la elección al sitio de las ocupaciones del marido y de los hijos; en las pequeñas poblaciones ese inconveniente no existe, por más que hemos observado en distintas ocasiones lo difícil que es á las personas que viven en localidades secundarias darse el más ligero paseo. Un habitante de París se anda al día, sin parar en ello mientes, seis ú ocho kilómetros; ya en Madrid con un kilómetro ó dos se quedan rendidos y en Madrid con un kilómetro ó dos se quedan rendidos y en pueblos más modestos, el fenómeno es más marcado todavía.

Fuera de ese detalle, precisa luego atemperar la elección de alojamiento á los recursos de que el matrimonio dispone: por tanto, el único consejo posible en lo relativo á barrio para vivir y precio de la casa, es el de que cada uno reflexione bien y trate de sacar el mejor partido



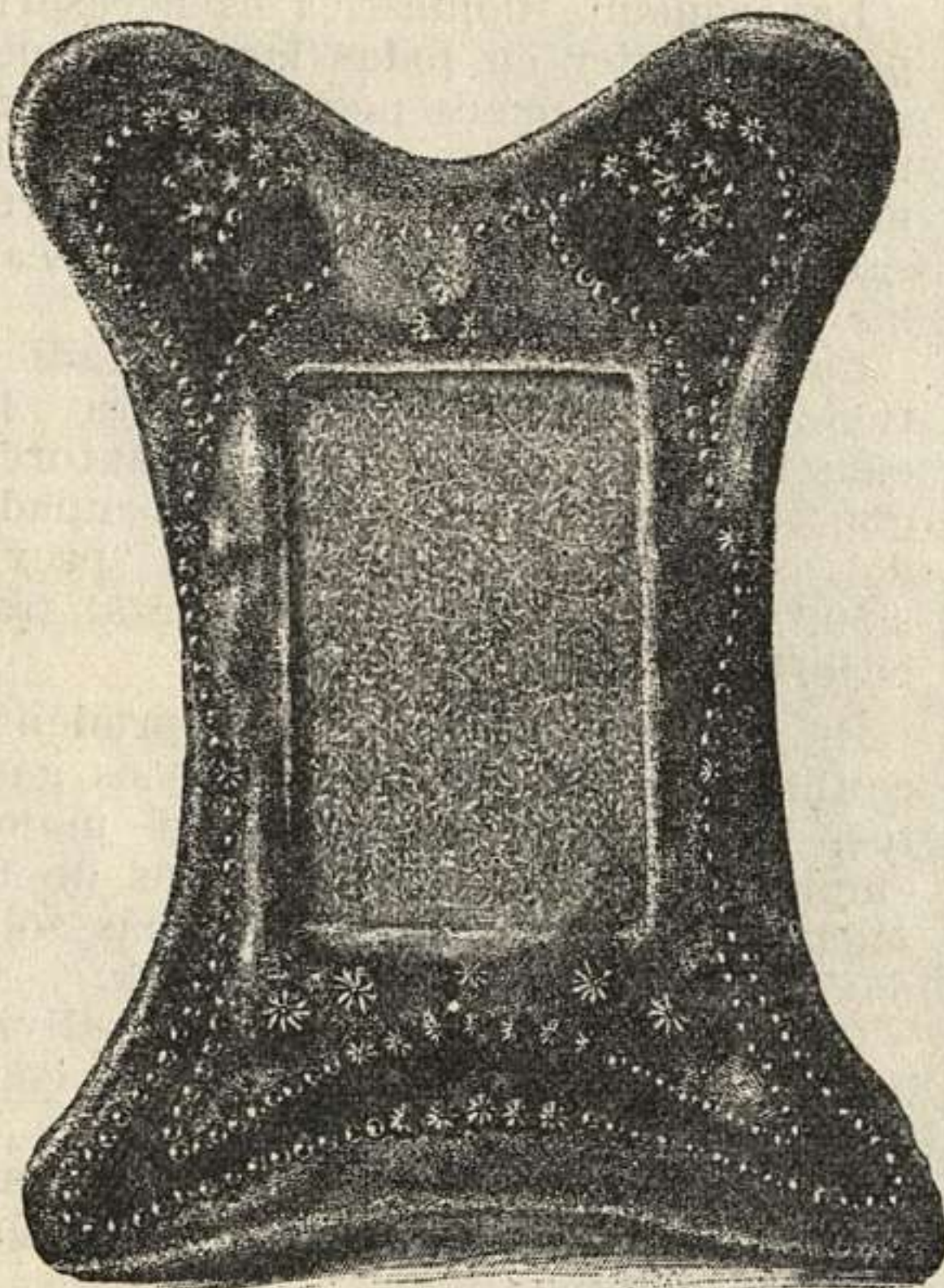
Veladora para gabinete de lectura.

posible de las circunstancias y de sus recursos. Andarse mudando constantemente, es malo, y hay un refrán que compara cuatro mudanzas con un incendio. Pésense bien, pues, todos los requisitos y escójase de manera que no venga en seguida el arrepentimiento con su: "¡ah, si me hubiera ocurrido!"

Donde sí cabe hacer indicaciones más positivas, es en lo que se refiere á condiciones higiénicas de la habitación. Hay en este particular inconvenientes con que no se debe transigir. La humedad y la proximidad de

lugares de infección, es lo primero que se debe evitar. De ahí se derivan, no sólo enfermedades agudas graves, sino otras que á la larga causan infinitos sufrimientos, como los reumatismos. Hay todavía países donde la construcción civil está tan descuidada, que los arquitectos ó maestros de obras olvidan por completo la higiene cuando hacen sus planos. El inconveniente de la humedad es grave, sobre todo en los países donde por razón de los temblores de tierra posibles se hacen habitaciones de un solo piso. Como en esas regiones hay además por punto general un período de grandes lluvias, el suelo se convierte en verdadero foco de pestilencia y de dolores.

Conviene preferir siempre una casa de dos pisos á la de uno solo, y en el caso de no permitir las condiciones locales habitaciones de planta alta, elijan las de planta baja que estén construídas sobre sótanos, y en que el piso y las paredes sean de madera ó de ladrillos, no presenten rastro ninguno de humedad. Hoy se usa en algunos puntos, cuando se fabrican los cimientos de una casa, colocar al llegar al nivel del suelo, láminas delgadísimas de estaño, sobre las cuales se siguen levantando los muros, y que interceptan el paso de la humedad.



Cuadro artístico para retrato.

También se descuida mucho lo relativo á lugares de infección. Nuestra lectora hará bien en escoger casa donde los retretes estén completamente incomunicados con el aire exterior, y donde el depósito de las materias se haga en tinajas que no dejen pasar ni la más ligera partícula, de manera que al sacarlas, desaparezca con ellas todo su contenido. Bien es verdad que no siempre se puede hacer una elección de esta clase, porque desgraciadamente en multitud de localidades americanas y españolas se prescinde de estos importantísimos puntos, como si se tratara de cosas insignificantes.

El inquilino entra en la casa, aceptando lo que no puede evitar y al cabo de poco tiempo se encuentra con que algún ser querido muere de fiebre tifoidea ó de algún otro mal igualmente pernicioso. ¿De dónde ha podido venir? se pregunta la dolorida familia.—¿De dónde? diremos nosotros, pues de los retretes infectos que las autoridades locales permiten.

No habiendo alcantarillado en la mayor parte de las poblaciones á que nuestro libro se destina, cada casa tiene su retrete particular. Conocemos ciudades americanas y españolas, donde el excusado se reduce á un hoyo practicado en la tierra, cubierto con una techumbre y encima del cual se coloca la caja, que al



Bordado para decorado mural.

estar destapada (y aun cuando tiene la tapa) deja en comunicación con el aire exterior las materias fecales.

Lo peor es que casi siempre en esas localidades falta el agua de manantial y necesitan servirse de la que extraen de pozos. Imagínese nuestra lectora las funestas consecuencias que semejante estado de cosas puede tener para ella y los suyos. Si la fiebre tifoidea reina de manera endémica en tantas localidades, débese á las filtraciones que van desde los pozos negros á los de agua potable, y si el cólera, que en Inglaterra ó París apenas hace ya víctimas cuando se presenta, ha hecho perder á España cien mil almas hace pocos años, causando en Chile y otras partes de América tantos estragos, débese á la misma razón.

Es indudable que estos males no podrán corregirse más que los encargados de la higiene pública. Por esto cuanto nuestra lectora puede hacer, es elegir bien, procurando evitar los males que le señalamos; pero no desconocemos ¡ay! que en la mayor parte de los casos tendrá que admitir, por no haber otra cosa, lo que la higiene le manda rechazar.

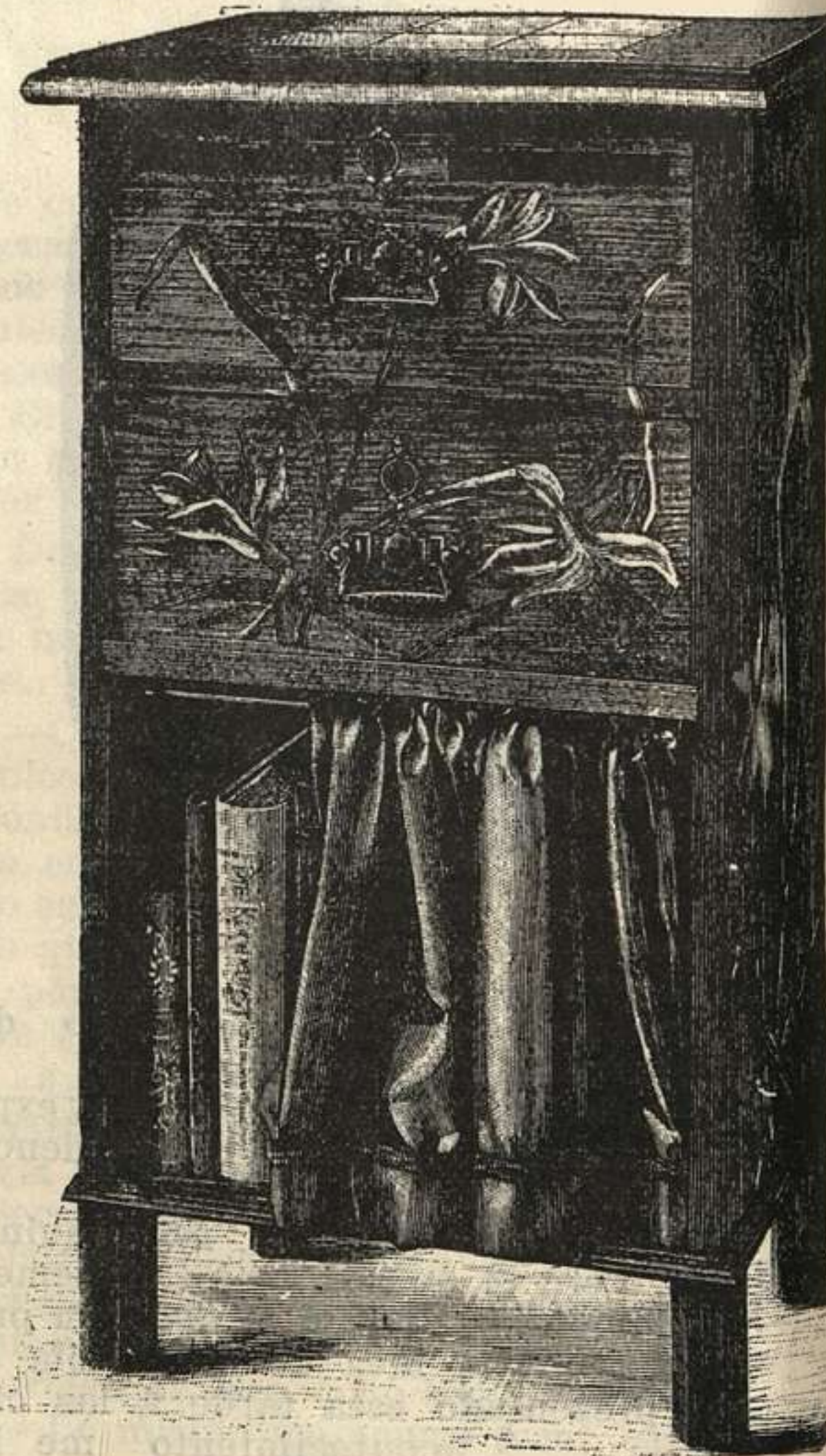
La exposición de las habitaciones es igualmente cosa importante. Lo mejor sería una casa abierta á todos los vientos del cielo, inundada de luz y de fluido atmosférico. Un proverbio italiano que no deja de tener razón, dice que allí donde no entra el sol entra el médico. Sin embargo, hay que tener en cuenta las condiciones locales: la mejor exposición en los países templados es la de levante, en los cálidos hay que preferir la exposición norte. De modo que, en resumen, debe recomendarse exposición apropiada según el país, casa bien aereada, bien alumbrada por la luz del día, y en que las ventanas, balcones, puertas y demás huecos estén dispuestos de modo conveniente para obtener la ventilación y dar suave obscuridad en las horas de gran calor.

Fíjese el ama de casa en que los consejos que le estamos dando, no son cosa baladí. Su destino, el de su familia, el porvenir de sus hijos depende quizás de la elección de hogar. Si éste es agradable, bonito, sano, vivirá en paz con los suyos, teniendo pocas enfermedades, ahorrándose gastos de médico y botica y horas de amargo llanto. Si además, sabe embellecerlo con sus cuidados y la armonía y encanto de su carácter, hará que su esposo sueñe durante el día en la tranquilidad que le espera una vez pasadas las horas de trabajo, y no piense en el casino y en las tertulias, sitios de perdición casi siempre, porque en ellos se instala el demonio del juego. Una casa linda, hermosea por las manos y la sonrisa de la esposa, en que nada anda por el suelo, en que todo esté limpio y bien dispuesto, será para el hombre la mejor de las tertulias, aunque se reduzca á cuatro paredes, una cama y una mesa. La separación

de vida que existe entre el hombre y la mujer en la mayor parte de las localidades de segundo orden, americanas y españolas, esa costumbre de que los dos sexos hagan banda aparte, depende en mucho de que la mujer no sabe hacer grato su hogar. Entre por el camino que le indicamos y pronto verá que su marido prefiere el hogar á todas las sociedades de recreo y á todos los casinos del mundo.

Cada localidad tiene sus costumbres en materia de inquilinato: sería inútil hablar aquí del particular. Lo único que recomendamos, es que, después de discutir bien las condiciones con el propietario, obteniendo las mejores posibles, se cumplan rigurosamente, observando mucha exactitud en el pago de los alquileres. Es preferible privarse de cualquier otra cosa y no dejar correr meses ó trimestres, porque así va viéndose en aprietos y amarguras el ama de casa, perdiendo su hogar la mayor parte de su belleza. Hogar debe significar paz, y donde hay deudas, sobre todo por el alquiler, la paz no existe.

Debe cuidar el ama de casa igualmente de que sus hijos no anden destruyendo y echando á perder la habitación, afeándola con dibujos y garabatos, cortando las maderas so pretexto de grabar nombres ó fechas, y alterando con diversos trabajos los encaños. Es de ley que quien causa un daño lo pague, y los padres están obligados á satisfacer al propietario todos los deterioros que no resulten del uso de su inmueble.



Mueble para sala.

PLENILUNIO.

En la inefable soledad nocturna erraban nuestras almas al acaso. Yo miraba á la virgen taciturna; ella se estremeció, detuvo el paso, y ví entonces su pálido semblante de la alba luna al resplandor escaso. ¿En qué niebla de ensueño ya dis- (tante, en qué anhelo de luz y de poesía sentí el calor de su belleza errante?



Bolsita de viaje.

¿En qué país de gracia y de armonía ví de su boca la sonrisa leve y escuché de su voz la melodía? Mi espíritu besó un perfume breve... y un trémulo fulgor en mi memoria brilló, al mirar á la mujer de nieve. ¿Era el recuerdo de una vieja historia, de una triste leyenda que evocara en mi alma su imagen ilusoria? Escultura de un pálido Carrara, que intensa gracia á la actitud aduna, me pareció por su belleza rara. Jamás he de mirar mujer alguna como aquella, tan blanca y peregrina, á la luz misteriosa de la luna. Habló... y era una música divina y un arrullo de voz en su garganta, frágil como campana cristalina. Pero algo en ella á mi pesar me espantaba... yo no sé lo que dijo; pero un eco, un eco funeral su voz que encanta; dejó en mi corazón lúgubre y seco vibra en él ese ritmo desolado, como un ataúd sonoro y hueco Me parece que lleva amortajado en mi alma su espíritu silente, su espíritu armonioso y delicado. Recuerdo ahora que besó mi frente, y el beso de su boca era tan frío, que me hizo tiritar. Profundamente azotóme un intenso calofrío, y en su rostro miré, á la luz incierta, de su llanto correr amargo río. Mas ahora me pregunto: ¿Estaba (muerta? ¿Cuándo fué que la ví? Marmórea y (grave, parecía vivir, y estaba yerta. Se alejó, y ví su sombra cual de un (ave que volara muy bajo. Y ví la mía correr tras ella...; pero nadie sabe si logró darle alcance en la sombría mansión de los misterios. La nocturna hora de la ideal Melancolía vió mi alma tras la virgen taciturna.

Froilán Turcios



Tarjetero última novedad.

RECETAS DE COCINA.

Buen caldo.

Póngase á cocer la olla como hemos dicho antes, refiriendo siempre el cuarto trasero del buey. Después de haber espumado bien y de haber sazonado, hágase hervir á fuego lento. Dos horas más tarde, agréguese un trozo de pierna de carnero, un trozo de corvejón de ternera, una gallina vieja, lardada y atada con una cuerdecita. Si la gallina se cuece demasiado pronto, sáquesela y luego se calentará en el caldo. Antes de servirla, quítese el lardo y la cuerdecita, póngasele tres granos de sal en el estómago, agréguesele tres cucharadas de boca de caldo bien desengrasado y sírvase como "hors-d'oeuvre."

Sopa á la Saboyana.

Echense algunas cortezas de pan, en una marmita y déjeselas reposar algunos minutos, póngase después en una tartera al fuego, déjense pegar un poco al fondo de la tartera sin avivar el fuego, y échese encima un caldo de nabos como el precedente.

Sopa de nabos.

Córtense los nabos y háganse hervir durante diez minutos, pónganse en seguida en una olla, llenándola hasta las tres cuartas partes, agre-



Jardinera.

gándole un poco de grasa del puchero; rodéese de brasas y hágaseles tomar color, menéandolos de cuando en cuando para que se peguen. Se mejorará mucho esta sopa si se le agre-

Orizaba, Junio 26 de 1901.

Sr. D. Donato Chapeaurouge, Director General de "La Mutua."—México.

Muy señor mío:—Acuso á usted recibo de la Póliza Dotal número... 1.054,731, que por conducto de su Agente General en la Sucursal de Puebla, solicité por la cantidad de 10,000 libras esterlinas (más de... 100,000 plata mexicana), y cuya póliza ha tenido á bien extender á mi favor la Compañía de "La Mutua," de Nueva York, que usted tan dignamente representa, y la he revisado y encontrado de entera conformidad como debía ser, siendo emitida por una Compañía tan conocida y renombrada como "La Mutua."

Al solicitar este seguro, mi idea fué invertir mi dinero en un negocio bueno, teniendo la seguridad de sacar con el tiempo, si vivo, un capital regular con el solo hecho de haber pagado interés, y si muriera antes del período de distribución ó de la fecha del vencimiento del contrato, dejar fondos disponibles con que activar mis negocios que tengo ahora entre manos.

Elegí "La Mutua," porque tengo conocimiento de los inmensos recursos con que cuenta para cubrir sus obligaciones, sus métodos de organización y los planes tan atractivos de seguros que ofrece, y que á mi parecer son tan justos y buenos, que no admiten competencia.

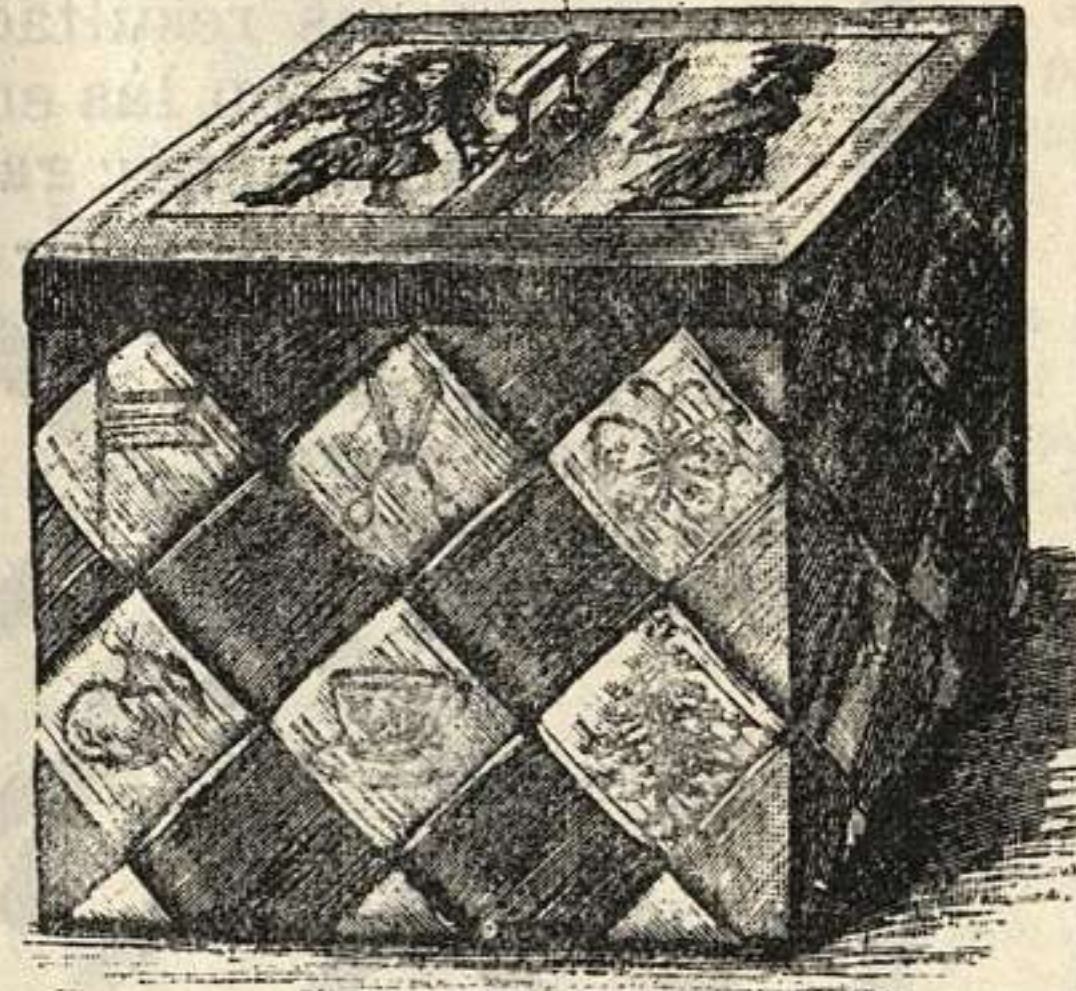
Este seguro lo he tomado por lo pronto; pero con la determinación de aumentarlo dentro de poco, y tan pronto como mis demás negocios me lo permitan, pues creo haber hecho la operación más segura de mi vida, al tomar esta póliza con "La Mutua."

A. KINNELL.

ga un poco de cerdo salado ó fresco; mójese con caldo del puchero, y terminada la cochura, desengrásese, quítese el tocino y sírvase la sopa como de ordinario.

Sopa de coles.

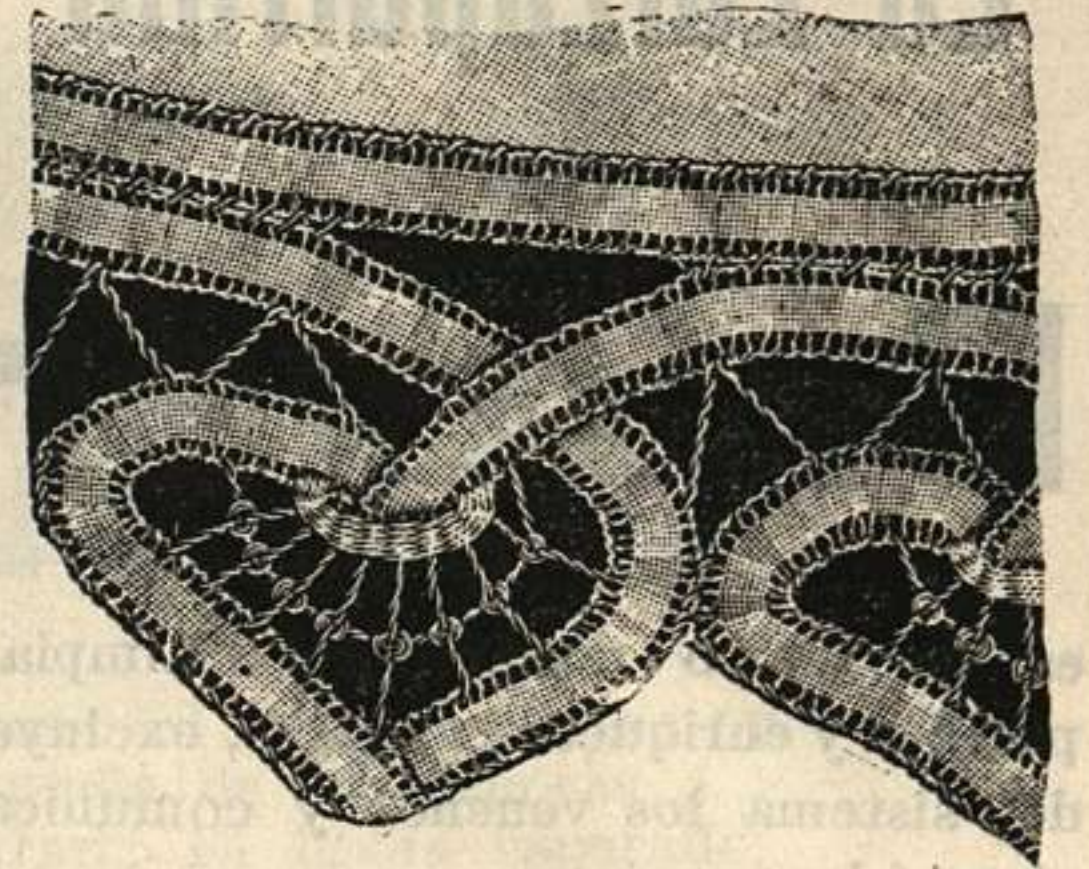
Límpiese y lávense las coles y se las hecha en agua hirviendo durante diez minutos, escúrranse y colóquense después en una olla con un pedacito de tocino magro salado; mójese con caldo y agréguese si se quiere un poco de salsa para darle color; cuézase á fuego lento y sírvase la sopa como de ordinario, poniendo encima las coles, después de haberlas desengrasado y quitado el tocino.



Neceser artístico.

Sopa de consumado al gratin.

Hágase pasar por el horno unas cortezas de pan, doradas un poco, póngaselas un momento en la marmita, colóqueselas luego en una sopera, y prepáreselas al fuego lento al gratin, echándoles un poco de caldo gordo; hágase después escurrir la grasa, échese encima de las cortezas consumado ó caldo y sírvase en la misma sopera.



Modelo de punta para carpeta.

OBSERVACION A LA SOPA ANTERIOR.

Muchos cocineros tienen la costumbre de quemar azúcar en la carne para darle color. Eso no está bien; cuesta muy poco hacer soltar el jugo á un pedacito de carne, hasta que se haga gelatina y echarlo después todo en la sopa, que toma mejor color.

AGUA DE AZAR.

Se prepara el alambique exactamente lo mismo que para el agua de rosas, y se pone en él medio kilogramo de flores de azahar y un puñado de sal por 2 litros de agua; déjase todo reunido por espacio de veinticuatro horas y se destila después.

El "Agua doble" de azahar, se obtiene como el agua doble de rosas, es decir, derramando el agua obtenida sobre una nueva cantidad de flores.

Las aguas destiladas de "tomillo", "ajeno", etc., se obtien de igual modo.

Casi todas las aguas tienen al principio un olor del que se despojan con el tiempo. Y aun puede lograrse que lo pierdan en seguida mediante un baño de hielo.

LA MEJOR RUTA

Á DENVER, KANSAS CITY, St. Louis,

CHICAGO, NEW YORK,

SAN FRANCISCO Y LOS ANGELES, CALIFORNIA.

(VÍA EL PASO)

CARROS DORMITORIOS PULLMAN DIRECTOS

SIN CAMBIOS EN LA FRONTERA.



[Cía. Ferrocarril de Atchison, Topeka y Santa Fé.]

Los Restaurants y Carros Comedores de Harvey en la Línea de Santa Fé, son renombrados en el mundo entero.

Para precios, itinerarios y otros informes, dirigirse á

W. S. Farnsworth,
Agente General

Plazuela de Guardiola, Ciudad de México,
D. F.

La Zarzaparrilla del Dr. Ayer

es un tónico maravilloso. Limpia, purifica y enriquece la sangre, excluye del sistema los venenos y comunica vigor á los nervios.

**La Sangre se Enriquece,
Los Músculos se Ponen Fuertes,
Los Nervios Cobran Vigor,
y se Rebosa Salud.**

Zarzaparrilla es solamente uno de una docena de ingredientes de que está compuesto este remedio maravilloso. Cada medicina está llamada á ejecutar un gran trabajo en un sentido. Pero esto no puede decirse de las demás Zarzaparrillas,

**Porque solo es verdad de la
del Dr. Ayer.**

No os dejéis sobreponer ó engañar por alguien que con urgencia os recomienda alguna nueva Zarzaparrilla de la que nada sepáis.

Preparada por el
Dr. J. C. Ayer & Ca., Lowell, Mass, E.U.A.

ESTOMAGO

El que padece del **Estómago** ó de los **Intestinos** es porque quiere. En el mundo entero está ya acreditado un medicamento que se abre paso por sus propios méritos, y lo recetan los médicos de todas las Naciones. Nos referimos al Elixir Estomacal de Saiz de Carlos, Tónico, Digestivo y Antigastrálgico, que cura el 98 por ciento de los enfermos que lo toman, aunque sus dolencias sean de más de 30 años de antigüedad.

Los médicos que nos han comunicado sus resultados, lo han ensayado en las enfermedades siguientes: gastritis crónicas, gastrálgias, dispepsias, gastrálgias y dispepsias con cloroanemia, hipercloridias,



ELIXIR ESTOMACAL
de Saiz de Carlos.



neurastenia gástrica, dilatación del estómago, mareo en el mar, úlcera del estómago, gastro-enteritis crónicas y enfermedades gastro-intestinales de los niños. Han usado en sus clientes el plan dietético conveniente en cada caso y como medicamentos sólo el Elixir Estomacal de Saiz de Carlos. Este famoso Elixir no necesita de elogios, pues todo México sabe los soberbios resultados que está dando; toda la clase médica y muchos miles de enfermos curados, son nuestros más fervientes propagandistas.

DE VENTA EN TODAS LAS DROGUERIAS Y BOTICAS DEL MUNDO.
El autor Dr. SAIZ DE CARLOS, médico y farmacéutico. Serano 30, Madrid (Esp.) Agente general: Carlos Serra Prats.

INTESTINOS



- DROGUERIA - BELGA -

SOCIEDAD ANONIMA
(Antes "Drogueria Universal")

Teléfono 214 MEXICO Apartado 281.

Drogas y productos químicos para la farmacia y la industria. Especialidades de Patente de todos países. Perfumerías finas de las marcas las más acreditadas. Gran Surtido de Papel. Azulejos. Mosaicos. Cemento. Barnices. Cristalería. Aparatos para la Química.

GRAN FÁBRICA DE ÁCIDOS Y PRODUCTOS QUÍMICOS DE S. ANTONIO ABAD.

Ventas por mayor y menor A precios sin competencia.

EMULSION ALMA RAZ.

Grandes Ganancias Para Los Agentes

Vendiendo nuestras acreditadas Lámparas. Son mas brillantes que la electricidad, mas baratas que el Petróleo. Miles de testimonios de gente que las ha usado por dos años. Tienen los últimos adelantos. Son permitidas por las Compañías de Seguros Contra Incendios. Es la fábrica mas grande en este ramo en los Estados Unidos. Cuarenta y tres estilos para adentro y fuera de la casa. Tenemos lámparas de presión de aire y presión de gravedad. Los precios mas bajos. Se venden al menudeo en los Estados Unidos de \$4.00 oro americano para arriba. Una lámpara como muestra, á mitad de precio. Se dará la agencia dentro de esclusivas comarcas á individuos ó comerciantes. Somos tambien traficantes en grande escala en manteles. Catálogos ilustrados se envían gratis.
STANDARD GAS LAMP CO.
118-120 Michigan Street, Chicago, U. S. A.

Se obtiene un **HERMOSO PECHO** por medio de las **Pilules Orientales** que en 2 meses desarrollan y endurecen á los senos, hacen desaparecer las salidas huecosas de los hombros y dan al Busto una graciosa lozanía. Aprobadas por las eminencias médicas, son benéficas para la salud y convienen á los más delicados temperamentos. — Tratamiento fácil. Resultado duradero. — El frasco con noticia fr. 6.35. J. RATIÉ, Ph^m 5, Pass. Verdeau, Paris, 9^e.
En Mexico: J. LABADIE Suc^{ra} y C^a.

ASMA y CATARRO
Curados por los CIGARRILLOS **ESPIC** ó el **POLVO**
Opresiones, Tos, Reumas, Neuralgias.
En todas las buenas Farmacias.
Por mayor: 20, rue St-Lazare, Paris.
Exigir esta Firma sobre cada Cigarrillo.

Crema Rosada "ADELINA PATTI"

Compuesta de sustancias tónicas y saludables, evita las arrugas, refresca el cutis y conserva la hermosura de la cara hasta la vejez comunica un perfume delicioso, y con su uso diario, las señoras tienen la seguridad de conservar siempre los encantos de la belleza y la frescura de la juventud.

Tanto en Europa como en América, la usan las damas más aristocráticas.

DE VENTA EN DROGUERÍAS Y PERFUMERIAS.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON
Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.
Exigase el verdadero nombre Réhuse los productos similares
J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris



VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^o FRANCK

Purgativos, Depurativos y Antisépticos

Contra el **ESTREÑIMIENTO**

y sus consecuencias: JAQUECA, MALESTAR, PESADEZ GÁSTRICA SIN CAMBIAR SUS COSTUMBRES ni disminuir la cantidad de alimentos se toman con las comidas, y despiertan el apetito.

Exíjase el **Rótulo adjunto en 4 Colores**, impreso sobre las cajitas azules metálicas y sobre sus envoltorios.

Toda cajita de carton ó otra clase, no será mas que una falsificación peligrosa.

Paris, Farmacia **LEROY**, 9. Rue de Cléry y EN TODAS LAS FARMACIAS.



EAU DE SUEZ

AGUA ANTISÉPTICA para los DIENTES

Vacuna de la Boca
Conserva los Dientes,
los Preserva y los Cura.
REFRESCA y
PERFUMA la BOCA

Polvo y Pasta
DENTÍFRICES de SUEZ

Probarlos es adoptarlos para siempre.
Estos productos se encuentran en todos los Depósitos de Perfumería y especialmente por mayor donde

Depósito: **JULIO LABADIE, MEXICO**, Calle de la Profesa, 5
Y TODAS BUENAS CASAS.



FORO
POR FUERTE QUE SEA, SE CURA CON LAS
PASTILLAS DEL DR. ANDREU
Remedio pronto y seguro. En las boticas